Jorge el armador,

Las

JORGE EL ARMADOR



JORGE EL ARMADOR

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCES

Y ARREGLADO POR

DON RAMON LIAS REY

Representado por primera vez en el TEATRO DEL PRÍNCIPE, la noche del 28 de Febrero de 1846

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ORTENSIA....................	DOÑA M. DIEZ.
PAULINA......................	T. LAMADRID.
CARLOTA......................	M. CÓRDOVA.
JORGE..........................	DON C. LATORRE.
CARLOS........................	F. ROMEA.
GERFAUT......................	A. ALVERÁ.
LANGLOIS.....................	A. DE GUZMÁN.
CONDE.........................	E. NOREN.
ANTONIO......................	P. LÓPEZ.
DOMINGO......................	P. UZELAY.
JERÓNIMO.....................	J. TORROBA.
JOSÉ............................	M. MUÑOZ.
OBRERO 1.º..................	J. ESTRADA.
IDEM 2.º......................	R. BERENGUILLO.

La acción pasa en 1781. El primer acto en París y los tres restantes en Saint-Tropez

ACTO PRIMERO

Un magnífico salón en casa del Conde de Auberive. Puerta al fondo, otra á la izquierda que es la de la habitación de Hortensia, y una á la derecha que dá al cuarto del Conde. Al mismo lado, en tercer término, una chimenea con reloj encima. A la izquierda en segundo, una ventana; hacia el mismo lado en primer término un confidente, y á la derecha un sillón, y un velador con escribanía y papeles públicos.

ESCENA PRIMERA

CARLOS DE ARBEL y DOMINGO

Carlos está sentado junto al velador leyendo un periódico que deja al ver entrar á Domingo

CARL. Buenos días, Domingo.

DOM. Servidor vuestro, señor de Arbel.

CARL. (Levantándose.) ¿Me han anunciado al señor de Auberive?

DOM. Se acostó anoche muy tarde, bastante fatigado; no ha llamado todavía, y á la verdad, no me atrevo....

CARL. A turbar un reposo tan necesario en su edad; tenéis razón. Domingo, esperaré. Vuestro regreso á París ha sido tan inesperado como lo fué vuestra partida. El señor Langlois... el escribano, esperaba con impaciencia á su buen amigo.

DOM. También el señor deseaba con ansia verse aquí. Hemos hecho un viaje de tres días y cuatro noches sin descansar; pero yo á pesar

de mis sesenta años, he soportado muy bien la fatiga; no así el señor Conde, que estaba ayer tarde muy rendido.

CARL. No lo extraño: goza tan poca salud... Y mi prima, ¿está visible?

DOM. Ha salido. Ya sabéis que hoy precisamente hace cinco años que murió la señora condesa, y la señorita no deja de ir en tal día á San Nicolás de los Campos.

CARL. Sí; yo sé cuan virtuosa y buena hija es Hortensia.

DOM. También vos, señor de Arbel, sabéis honrar la memoria de los muertos, y no habéis tampoco olvidado el 20 de Septiembre.

CARL. ¡Pobre padre mío! (Suena una campanilla.)

DOM. Es el señor conde, sin duda, el que llama. (Se oye el ruído de un coche.) ¡Ah! (Mirando por la ventana.) El coche de la señorita entra en el patio.

CARL. ¿Hortensia?

DOM. Ya no tendréis tanta prisa de ver al señor conde. (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA II

CARLOS, después HORTENSIA

CARL. Animo, pues... tal vez es nuestro último adiós.

HORT. (Hortensia entra precipitadamente y muy agitada, y vestida de negro y con velo, que se quita al entrar; viendo á Carlos se dirige á él.) ¡Ah! Carlos... ¿sois vos?

CARL. Sí, prima mía.... (La toma la mano.) ¿Pero qué tenéis? ¿Qué os agita?

HORT. Nada, amigo mío, nada absolutamente.

CARL. En vano intentáis ocultarlo... algo os ha sucedido.

HORT. Vos no comprenderéis quizá que lo que probablemente es casual, pueda alguna vez considerarse como obra de la fatalidad... he

tenido un miedo verdaderamente infantil... hablemos de otra cosa.

CARL Permitid que insista.

HORT. Pues bien: hace un momento que me hallaba arrodillada ante la tumba de mi pobre madre, rogando con ardiente fervor por ella y por mi padre, cuya tristeza y abatimiento me inquietan en extremo; apenas había acabado mis oraciones, cuando al alzar los ojos he visto delante de mí á un hombre que me miraba fijamente. Yo no sé por qué su mirada me ha llenado de espanto, dejándome como petrificada, sin poder llamar ni huir. Conociendo él, sin duda, el extraño terror que involuntariamente me causaba, se ha alejado de mí. Cuando ya no se oía el ruído de sus pasos, he besado el mármol de la santa tumba, y he salido; mas al pasar por frente de una de las capillas laterales, he vuelto á ver á aquel hombre con la cabeza inclinada ante un sepulcro, en el que con sorpresa he leido el nombre del señor de Arbel.

CARL. ¿De mi padre?... ¿Y ese hombre?...

HORT. Hoy le he visto por primera vez.

CARL. Vuestro temor era infundado, Hortensia; más, ¿quién puede ser el que así se inclinaba ante la tumba del pobre marino? De esa tumba que le erigió una mano desconocida... ¿quizá la misma que cuidó de mi infancia?...

HORT. En efecto; mi padre me dijo que después de la muerte del señor de Arbel, habéis tenido un protector desconocido.

CARL. Cuya protección empezó poco después del funesto día en que le quitaron la vida como á un traidor, en el momento precisamente que cumplía con uno de sus más sagrados deberes. Nuestros marinos acababan de conseguir en el mar de las Indias una gloriosa victoria contra los ingleses; toda la escuadra había visto con indignación que en lo más fuerte del combate, el navío *Severo* arriaba

bandera; apenas se había dado tan vergonzosa orden, cuando mi padre, que se hallaba á su bordo, corrió hacia el palo mayor y dijo al capitan: «yo clavaré tan alta nuestra bandera, que nadie osará alcanzarla:» se arrojó á hacerlo y cayó moribundo sobre cubierta, en donde espiró poco después rodeado de hombres que lo maldecian. Creyéndole cobarde, un marinero le había hecho fuego, y mi desdichado padre dejó de existir persuadido de que no dejaba á su hijo más que un nombre lleno de oprobio y deshonrado.

HORT. Pero el capitán confesó inmediatamente la verdad é hizo honrar su memoria.

CARL. Desde el día en que la bala de un marinero me hizo huérfano, mi misterioso bienhechor no ha dejado de llenar el deber que se ha impuesto. Al salir del colegio en que fuí colocado por él, pues que vuestro padre ausente entonces no había podido ayudarme en mi desgracia, se me dijo que era dueño de seguir la carrera que me acomodase, para lo cual se me darían anualmente diez mil libras. Yo no podía renunciar este dinero, ni preguntar el nombre de quién me lo enviaba. Una carta sin firma acompañaba siempre esta remisión, y en ella se leían sólo estas palabras: «aceptad sin escrúpulo, pues es una deuda que se satisface.»

HORT. Alguno sin duda que estaba obligado á vuestro padre.

CARL. ¿Y por qué ocultarse á mi reconocimiento?... Yo me hallaba, pues, solo en el mundo, cuando el Conde, de regreso con vos de un largo viaje, se dignó recordar que el teniente de Arbel había sido su pariente, su amigo, y me trajo á su casa.

HORT. En donde bien pronto os quiso como á nn hijo.

CARL. Entonces fué cuando comprendí perfectamente lo que debía á mi protector desconocido; á las bondades del señor de Auberive y á la memoria de mi padre. Quise conser-

var dignamente el honroso nombre que había heredado... veinte caminos me estaban abiertos á la consideración y á la fortuna... aún titubeaba en mi elección, cuando hace cuatro años una enfermedad peligrosa nos hizo creer abierta para el Conde la tumba que un año antes había encerrado los restos de su esposa. Yo veía vuestras lágrimas, vuestra desesperación, y... nada podía... yo que hubiera deseado á precio de mi sangre conservar la existencia que os era tan querida. Vino por fin un hombre que con una sola palabra os reanimó y devolvió la esperanza que habías perdido. Este hombre os dijo lleno de seguridad: salvaré á vuestro padre, porque este hombre ¡era una de las glorias de la ciencia!... Os contemplé arrodillada á sus piés, besando sus manos, que regabáis con lágrimas de gratitud, y entonces se fijó mi elección: me propuse ser médico. Yo también, me decía á mí mismo, yo también lucharé contra la muerte, y le disputaré sus víctimas... y algún día bendecirá mi nombre una madre venturosa; una hija tierna me tendrá presente en sus oraciones... Todos los instantes que pasaba lejos de vos, ahora puedo confesarlo, Hortensia, los dedicaba al trabajo y al estudio. He sido por fin recibido doctor... y... vengo á despedirme de vos.

HORT. ¿A despediros? (Sorprendida.)

CARL. Habiéndose declarado una horrible epidemia en las islas Baleares, ha dispuesto el señor Maurepas que vayan algunos médicos franceses á estudiar y combatir esta plaga. He tenido la satisfacción de verme inscrito en la lista de los nombrados y... y voy á partir. Mallorca será para mí un campo de batalla, en el que tal vez el ministro no me perderá de vista.

HORT. Y, ¿por qué esa ambición?

CAR. Porque vos sóis noble, Hortensia, y yo nada soy. Porque vos sóis rica y yo pobre.

HORT. ¡Ya lo había adivinado! Escuchadme, amigo mío: por elevada que sea la posición de mi padre; por grande que sea su fortuna, he contado siempre con que me dejará libre en la elección de esposo. El día que me fuísteis presentado por él, me dijo:—Quiérelo mucho, hija mía, porque es desgraciado...—y yo os quise, Carlos, como á un hermano... Llegó, por fin, un momento en que conocí que era mayor que el cariño fraternal el que vos me profesábais, y os confieso que esto me llenó de júbilo.

CAR. ¡Será posible!

HORT. ¿Por qué ocultarlo? Este amor es santo, puro, como el recuerdo de mi madre, que tanto os quería, y que en su pensamiento nos había unido... Carlos, hoy mismo hablaré á mi padre... no desea más que mi felicidad... no partiréis. (Sale Domingo.)

CAR. ¡Oh, Dios mío! ¿Es un sueño?

DOM. (Anunciando.) El señor Langlois y su esposa.

HORT. Que pasen adelante. (A Carlos.) ¿Tendréis bastante confianza en mí, para dejarme manejar sola este asunto? En tal caso volved pronto, y os diré la respuesta de mi padre...

CAR. ¿Me conceptuará digno de vos? ¡Ah... no... rehusará!...

HORT. Entonces, no seré vuestra; pero tampoco de otro. (Carlos la besa la mano que ella presenta.)

ESCENA III

DICHOS, LANGLOIS y PAULINA

PAU. (Corriendo á abrazarla.) ¡Querida Hortensia!

LAN. (Saludando.) Dignaos permitir, señorita, que ofrezca á vuestros piés la muy respetuosa consideración...

PAU. (Interrumpiéndole.) Firmado, Langlois... como en todas vuestras cartas. Está visto, amigo mío, sois demasiado curial. (Viendo á Carlos.) ¡Hola, señor doctor! Ya sé vuestro secreto...

mi marido me lo ha dicho... (A Hortensia.) Mientras nosotras le creíamos entregado á diversiones, á bailes, él pasaba las noches estudiando. (A Carlos, dirigiéndose á él.) ¿Supongo que aún no habréis quitado la vida á nadie? Os prometo utilizar vuestra ciencia... siempre que mi marido esté enfermo.

LAN. No tendréis conmigo muchas ocasiones de acreditaros; no padecí en toda mi vida más enfermedad que el sarampión... hace ya muchos años... en 1734.

PAU. ¡Callad!... Os he prohibido que digáis vuestra edad.

LAN. El amor no envejece. (Carlos toma su sombrero.)

PAU. Es posible; pero el matrimonio sí, y muy pronto. (A Carlos.) ¿Nos dejáis?

CAR. Sí, señora; más aún no me despido; tendré el honor de veros antes de mi partida.

ESCENA IV

HORTENSIA, PAULINA y LANGLOIS

PAU. ¡Qué honrado y qué amable es tu primo, Hortensia!

LAN. (Preocupado.) ¡Excelente joven!... Quisiera ver al señor Conde.

HORT. Quiere irse. (A Paulina, sin escuchar á Langlois.)

LAN. ¿Quién?

HORT. El ministro envía algunos facultativos á las Islas Baleares para combatir la epidemia que diezma su población, y Carlos ha obtenido el peligroso honor de ser de los nombrados.

PAU. Es decir que el ministro no quiere dejarnos más que escribanos. ¡Eso es atroz!

LAN. ¡Es horrible! Felizmente nos quedan algunos millonarios, como mi amigo Jorge Mauricio.

PAU. ¿El corsario?

LAN. Armador, querida, armador. Un buen mozo; valiente como Juan Bart, y rico como un

príncipe del Mogol. Es natural de Saint-Tropez, en donde empezó por ser simple marinero, y hoy arma escuadras enteras. Ha hecho grandes presas á los ingleses.

PAU. Me alegro, pues miro con horror á esa gente; se asegura que venden á sus mujeres é hijos en el mercado... ¡Uf!... ¡Infames!... pero volviendo á nuestro corsario...

LAN. Armador.

PAU. Enhorabuena... ¿Decías?...

LAN. Decía que ese buen Mauricio es un excelente mozo, millonario y soltero. Cada vez que le veo llegar á París, me figuro que ha resuelto casarse, y que vá á llamarme para el contrato matrimonial; pero ni por pienso, amigas mías: el bravo marino tiene un miedo cerval al matrimonio. Ignora lo bueno que es no ocuparse de negocios domésticos: no tener derecho... quiero decir, necesidad de mandar... ¡Oh... eso es hermoso!... Bien es verdad que aún es joven, y le queda tiempo para decidirse.

PAU. Pues, ¿qué edad tiene?

LAN. Cuarenta y dos años.

PAU. Tenéis razón. Más tarde os habéis decidido vos.

LAN. (Tomándola la mano.) Para mi felicidad.

PAU. ¿Cómo tan galante?

LAN. Sería siempre lo mismo, si no fuese escribano. Quisiera ver al señor de Auberive. (Mirando el reloj.)

HORT. No sé si se ha levantado; mas, si tenéis tanta prisa...

LAN. Necesito verlo antes de las doce, y son ya las once. (Hortensia toca la campanilla y sale un criado.)

HORT. Ved si mi padre puede recibir al señor Langlois. (Vá á sentarse en el confidente, y toma un bordado.) Paulina, mira qué bonito dibujo.

LAN. ¡Lindísimo!... Os suplico que me permitáis colocar estos papeles por su orden. (Se acerca á la chimenea y los arregla.)

PAU. Será preciso concedérselo; figúrate, querida amiga, que mi marido es el *non plus* de los

escribanos de Francia y de Navarra: por todas partes ejerce su profesión; en la calle, en sociedad, en la mesa y hasta en mi cuarto; pues cuando estamos solos, no me habla más que de usufrutos, ni piensa en otra cosa que en hipotecas; ¿creerás que el día de nuestra boda dejó el baile por ir á otorgar un testamento?

HORT. Has hecho una boda original. (Bajo y riendo.)

PAU. (Bajo.) ¡Qué quieres! Yo sabía que el señor Langlois tenía de ménos que yo un escudo de armas que data del tiempo de las Cruzadas, y de más unos treinta años; pero también sabía que tenía tantos miles de libras de renta, como años, y me ha parecido joven.

HORT. ¿Qué edad tenía?

PAU. Cincuenta... mil libras de renta. Con el ilustre nombre de los Dormesson, yo no poseía más que los retratos de mis antepasados, y una renta de mil ochocientas libras. A mi salida de nuestro convento, mi tía la de Esterbek, que es señora muy sensata, me presentó á Langlois, que me pareció algo raro, pero muy bondadoso; á primera vista me causó risa, y esto me tranquilizó un poco; me hizo luego magníficos regalos de boda y me tranquilicé enteramente. En fin, ¿qué quiéres que te diga?... ¡Soy dichosa! Yo no era en el convento más que marquesa, y ahora soy reina... en mi casa.

LAN. Parece que viene el señor Conde. (Levantándose.)

HORT. (Se levanta.) Mi padre... (Sale al encuentro del Conde, que se presenta por la puerta derecha; parece estar aniquilado, más bien por sus padecimientos, que por su avanzada edad; abraza á su hija con mucho cariño.)

ESCENA V

DICHOS y el CONDE

CONDE (A Paulina.) Perdonad, señora, no os había visto; no había visto más que á mi hija... ¡Soy tan dichoso cuando la tengo á mi lado, cuando la estrecho en mis brazos!... (La abraza otra vez.) Tal vez me hice esperar.

LAN. Siento haberos molestado tan temprano; pero me ha obligado á ello un asunto de importancia, de que tengo que hablaros.

CONDE ¿Hoy mismo?

LAN. Al instante.

HORT. (Sonriendo.) Yo también tengo que hablaros de asuntos muy serios.

LAN. Permitid, señorita, que los considere de ménos entidad que los que tengo que tratar con el señor Conde.

HORT. Por eso, señor escribano, no pido ser oída antes de vos.

CONDE Vé, hija mía; ¿supongo que esta señora tendrá la bondad de pasar el día en nuestra compañía?

PAU. Con mucho gusto. (A Hortensia.) Vamos, amiga, dejemos que estos señores se ocupen de sus negocios. (A la misma, al salir.) ¿Querrás confiarme ese tan importante de que tienes que hablar al Conde?

HORT. Es imposible hasta de aquí á una hora. (Sonriendo, y vanse.)

ESCENA VI

El CONDE y L'ANGLOIS

LAN. (Sentándose á la señal del Conde, que lo hace también cerca uno del otro.) Hace ocho días que os esperaba, señor Conde, y que me tenía en brasas vuestro retardo... Ya sabéis que el sujeto que por escritura, otorgada por mí, en mi

mismo despacho, hace seis años, os prestó sobre hipoteca cuatrocientas mil libras, pide se le reintegren.

CONDE Pero el término señalado, ¿ha vencido ya?

LAN. Hace ocho días. Como nada me dijístes antes de vuestra partida, supuse que tendríais tomadas vuestras medidas.

CONDE Y en el caso contrario, ¿no podría obtener un plazo?

LAN. Es demasiado tarde para pedirlo.

CONDE ¿Cómo?

LAN. Mi amigo el señor Jorge Mauricio, vuestro acreedor, ha comprado últimamente otras dos granjas, y acabará por ser dueño de toda su provincia. Se halla ahora en París, y desea veros: le he dicho que venga á las doce en punto y no faltará.

CONDE ¿Qué habéis hecho?

LAN. Como sabía que estábais algo delicado, he querido evitaros la incomodidad de salir de casa... Traigo aquí la carta de pago, y será cosa de cinco minutos.

CONDE ¡Estoy perdido!

LAN. ¿Qué decís?

CONDE ¡Me es imposible pagar!

LAN. ¡Misericordia!... Pero, ¿no me decíais que ese dinero estaba seguro?... ¿Qué habéis hecho de él?

CONDE (Levantándose con dignidad, toca la campanilla, y sale Domingo.) Váis á saberlo. Decid á la señorita que tenga la bondad de venir. (Vase Domingo por la izquierda.)

LAN. (Aparte.) ¡Estoy anonadado!... (El Conde se arroja sobre el sillón que está en la izquierda.) Pero Mauricio no puede perder nada; la hipoteca es excelente... ¡El que contaba con recibir ahora el dinero!... ¿Qué le diré?

DOM. (Saliendo por la izquierda.) Aquí está la señorita.

CONDE Cerrad las puertas, que nadie venga á interrumpirnos. (Vase Domingo por el fondo.)

ESCENA VII

DICHOS y HORTENSIA

HORT. Gracias, señor escribano; no habéis tardado mucho en cederme el puesto. ¡Ahora me toca á mí, padre mío! (Viendo la emoción del Conde, y las lágrimas que asoman á sus ojos.) ¡Cielos!... ¿Qué tenéis?... ¡Lloráis!... ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me miráis así?...

CONDE Busco en tus ojos, hija mía, el valor que me falta... Hortensia, ¿me perdonarás?...

HORT. ¡Perdonaros!... ¿Yo?...

CONDE ¡Mi fortuna, la de tu madre; el presente, el porvenir, todo está perdido!... Esta casa que habitamos y lo demás que poseo, alcanzará apenas para satisfacer á un hombre que, fiado en mi honor y crédito, me prestó una suma considerable, cuyo pago reclama hoy. Al participarte nuestra ruina, no quiero que puedas acusarme de haber disipado locamente lo que debía conservarte intacto. (Se levanta.) He creído cumplir un deber. Váis á juzgarme: ya sabéis que el cielo me había dado un hijo, en el que mi nombre debía revivir, y que murió hace seis años... por un suicidio.

HORT. Y LAN. ¡Un suicidio!

CONDE A tí, á tu madre, á todo el mundo, oculté su trágico fin, porque hubiera tenido que deciros: ese hijo, ese hermano objeto de ternura y de orgullo, había deshonrado á su familia, y se suicidó porque se encontró sin fuerza para soportar la infamia.

HORT. ¡La infamia!

CONDE La sed de los placeres, la necesidad de oro para alimentarlos, le había precipitado en el abismo; había contraído deudas enormes, y pagado á sus acreedores con billetes falsos.

HORT. ¡Oh! ¡Dios mío!

CONDE — Ofrecí la mitad de mi fortuna para que no se publicase su crímen. A esta época todo mi caudal estaba en poder de los señores Salvador, que eran los más ricos banqueros de Marsella; para evitar dilaciones que podían dar lugar á que se descubriese la verdad, tomé cuatrocientas mil libras del señor Mauricio el armador. Viendo que se acercaba el momento de satisfacer mi deuda, escribí á los señores Salvador para que pusiesen á mi disposición la suma de que les había hecho depositarios; mas no recibí contestación alguna. Devorado de inquietud partí para Marsella, á donde llegué el mismo día que se declaró la quiebra de la casa Salvador. Después de varios esfuerzos para recoger al menos algunos restos de mi fortuna perdida, he vuelto á París implorando la misericordia divina... no para mí, sino para mi hija.

HORT. — ¡Padre mío! (Arrojándose en sus brazos.)

CONDE — ¿Me perdonas, no es verdad, el que haya salvado el honor de tu hermano á precio de nuestra ruina?...

LAN. — Haciendo plena justicia á los nobles sentimientos que os han guiado en ese desgraciado acontecimiento, permitid que os pregunte, ¿qué partido pensáis tomar? ¡La hora se acerca!

CONDE — Entregaré al señor Mauricio mis granjas de Masgency y esta casa.

LAN. — Eso vale la suma prestada; más nada os queda.

CONDE — Temía á mi hija más que á la miseria.

HORT. — ¡La miseria!

LAN. — ¡A vuestra edad!... ¡vuestro nombre!... ¡vuestra salud!... ¡Eso sería horrible! Es preciso buscar un medio... son las once y treinta y cinco minutos... El señor Mauricio estará aquí á las doce... os suplico que pasemos á vuestro gabinete, examinaremos las escrituras de vuestros arrendatarios, y haremos una especie de balance... Quisiera que os

quedase lo preciso para vivir. (El conde no ha dejado de mirar á su hija, que permanece pensativa. Se dirige á ella, le tiende la mano. Hortensia vuelve en sí, y le abraza con ternura.)

CONDE Vamos, amigo, ya tengo valor. (Vanse por la derecha Langlois y el conde.)

ESCENA VIII

HORTENSIA después PAULINA

HORT. (Arrojándose en el sillón de la derecha.) ¡Pobre padre mío!... Ya se ha ido, ya puedo llorar... El señor Langlois tenía razón; ¡la miseria para él sería horrible!... le faltarían fuerzas para soportarla. ¡Oh!... Ahora sí que sentirá Carlos no ser rico... ¡Cuánto placer tendría yo en deberle la felicidad de mi padre!

PAU. (Saliendo por la izquierda.) Qué amable eres, amiga mía; me dejas dos horas mano á mano con el periódico de los sabios... Se me ha acabado la paciencia, y con riesgo de ser indiscreta he venido á buscarte. Y bien, ¿has hablado al Conde? ¿Puedes, en fin, manifestarme el gran secreto de tu corazón?

HORT. (Señala al corazón.) ¡Ah! ¡Paulina! ¡aquí no hay ya más que angustias!...

PAU. ¿Qué dices? (Se oye llamar á la puerta de la calle.)

HORT. ¡Llaman!... (Levantándose.) Es Carlos, sin duda... ¿qué le diré?

PAU. ¿Pero, qué ha ocurrido?

HORT. (Asomándose á la ventana y retirándose precipitadamente.) ¡Ah!... ¡Otra vez ese hombre!

PAU. ¿Quién?

HORT. ¿Qué viene á buscar aquí?... ¿Si me habré equivocado? (Vuelve á la ventana.)

PAU. ¿De quién hablas, responde? (Las dos pasan á la izquierda.)

DOM. (Desde el foro.) Tened la bondad de esperar en este salón; voy á pasar recado al señor Langlois. (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

HORTENSIA, PAULINA, JORGE MAURICIO, después LANGLOIS

(Jorge aparece sin ver á Hortensia y Paulina y sin que ellas le vean.)

PAU. Qué pálida te has puesto... voy á llamar... (Se vuelve y dá un grito al ver á Jorge.) ¡Ah!...

JOR. (Mirando el relój.) Soy exacto.

HORT. Es el mismo.

JOR. (Aparte y saludando. Se arrima á la chimnea y desde allí contempla á Hortensia.) Singular casualidad.

PAU. (Llevando á Hortensia á un lado.) ¿Quién es este caballero?

HORT. Lo ignoro.

PAU. Espera: voy á saberlo.

LAN. (Entrando por la derecha.) ¿Quién pregunta por mí?

PAU. (Yendo hacia su marido.) Llegas á propósito para desembarazarnos de ese hombre que está ahí, y que asusta á Hortensia.

LAN. ¿De veras? ¿En dónde està ese?...

JOR. (Se ha acercado á Langlois y le toca en el hombro y le enseña el relój.) Las doce.

LAN. ¿Sóis vos, amigo mío?

PAU. ¿Le conoces?

LAN. ¡Pues no!... Es mi amigo Jorge Mauricio... el armador... millonario... (A Hortensia.) Es el acreedor.

HORT. ¡Cielos!...

JOR. (A Langlois.) ¿Quién es esta señorita?

LAN. (En voz baja.) La hija del Conde. Sabéis que hubo un momento en que temí tendríais que esperar algún tiempo el reintegro; pero felizmente todo podrá arreglarse. El Conde nos espera... Cuando gustéis... (Jorge sin dejar de mirar á Hortensia.)

JOR. Estoy á vuestra disposición.

LAN. Yo lo estoy á la vuestra hoy, mañana, siempre; permitid que os conduzca...

JOR. (Saludando á las dos y dice aparte.) Ella es, no hay duda. (Vase con Langlois.)

ESCENA X

HORTENSIA, PAULINA, siguiendo con la vista á Jorge

PAU. ¡Un millonario!... ¡Bah! También mi marido lo es.

HORT. (Aparte.) ¡La fortuna de mi padre en manos de ese hombre! El terror que me ha causado esta mañana, era un presentimiento.

PAU. ¿Qué dices?

HORT. Digo que ese señor Mauricio ha prestado á mi padre cuatrocientas mil libras, y es preciso entregarle hoy cuanto poseemos, para satisfacer esta deuda.

PAU. ¡Dios eterno!

HORT. ¡Cuánto debe padecer en este momento, en que se vé en la necesidad de entregar lo que él llamaba la fortuna de su hija... ¡ah!... voy á consolarle. (Se dirige al gabinete y sale el conde tranquilo.)

ESCENA XI

DICHAS y el CONDE

CONDE Acabo de hacer donación de cuanto teníamos para satisfacer á mi acreedor. (A Paulina.) Vuestro marido queda extendiendo la escritura, que hará al señor Mauricio dueño de esta casa, de donde deseo salir hoy mismo, y os suplico tengáis la bondad de hospedarnos en la vuestra por algunos días.

PAU. ¡Ah, señor!... ¡Hortensia! (La abraza.) Todo cuanto poseo es vuestro.

CONDE Ya sé cuán buena amiga sóis.

HORT. Tampoco Carlos nos abandonará.

CONDE ¡Carlos!... en efecto... ¡un corazón noble!... yo había formado proyectos sobre él... sobre tí... ¡ya no es posible!... La señorita de Auberive no llevará á su marido la miseria por dote. (El Conde se arroja en un sillón.)

HORT. ¡La miseria! Tranquilizáos, padre mío; nada temáis; yo trabajaré si es necesario... Olvidaré lo pasado... de nada me acordaré; de nada. Pensaré sólo en vos. (Se arrodilla ante su padre que la abraza llorando. Paulina se enjuga las lágrimas. Jorge sale y se detiene contemplándolos.)

ESCENA XII

PAULINA, el CONDE, HORTENSIA, JORGE, LANGLOIS. El conde al ver entrar á Jorge levanta á su hija, la enjuga las lágrimas y se presenta con dignidad en el centro

CONDE ¿Estamos corrientes, señores?...

LAN. Ya está extendida la escritura.

JOR. Esta es. (Presentándola.)

LAN. Sólo falta vuestra firma.

CONDE Venga. (La toma y se dirige al velador. Jorge que parece combatido de una emoción que en vano intenta ocultar, se dirige al Conde y le detiene.)

JOR. ¿Sabéis, señor Conde, que firmada esta escritura no os queda nada?

CONDE Lo sé, caballero.

JOR. Y yo... lo ignoraba cuando os pedí mi reembolso... no creía arruinar á nadie...

CONDE Usáis de vuestro derecho.

JOR. Puedo daros un plazo.

PAU. ¿Qué dice?

CONDE Dentro de un año no podré pagaros mejor que hoy.

JOR. Perdonad; á veces calcula uno mal... no hace buenas imposiciones y se considera afortunado si salva la mitad de su dinero... ¿no es así, señor Langlois?... En fin, puedo no tomar toda la suma...

CONDE No creo haberos pedido gracia ni consideración de ninguna especie... acabemos.

JOR. Como gustéis. (Se dirige al fondo, en donde permanece con los brazos cruzados, contemplando á Hortensia que se halla sentada con Paulina en el confidente, en tanto que el conde firma.)

LAN. (No le quedan mil cuatrocientas libras de renta.) (El conde después de firmar entrega á Jorge la escritura; éste se adelanta. Un momento de silencio.)

JOR. Lo que acabáis de hacer está mal hecho, señor conde. El orgullo os hizo olvidar que tenéis una hija... (Movimiento del Conde.) ¡Sí, el orgullo!... soy muy claro y digo sin rodeos lo que siento... Hallaréis en mí toda la rudeza, pero también toda la franqueza de un leal marino... ¿Vos no queréis deber nada á un hombre como yo, no es verdad?... Sin embargo, no podéis dejar perecer á vuestra hija, para quien, como para vos, la miseria es la muerte... ¿Creéis que nada cuesta pasar de un salón como éste á una boardilla?...

HORT. Caballero... yo trabajaré.

JOR. (Interrumpiéndola.) Perdonad, señorita, mi madre trabajaba día y noche, y no ganaba lo que gana aquí el último de vuestros criados... Os vuelvo á repetir que la miseria os mataría... y... (Con resolución.) yo no tomo ese dinero.

CONDE ¿Qué decís?

JOR. Digo, señor Conde, que la cantidad que acabáis de reintegrarme, la presto yo ahora á la señorita de Auberive.

PAU. (No le creía yo tan bueno.)

CONDE Caballero, vuestra generosa oferta nos honra y lo agradecemos infinito; pero mi hija no puede tampoco aceptarla.

JOR. Será entonces preciso que os obligue á ello á pesar vuestro... Ya que habéis encontrado medio para rehusar mis ofertas, veamos si lo encontráis también para hacerme recibir lo que no me debéis. (Movimiento general.)

CONDE ¿Cómo?

JORGE ¿No queríais que os prestase ese dinero? Pues bien, os lo doy. (Rompe la escritura.) Nada me debéis. (Quiere irse.)

CONDE (Deteniéndole.) Os lo pagaré, aunque no queráis... mas no olvidaremos nunca vuestro generoso proceder...

LAN. Un momento. (A Jorge.) Todo esto es magnífico; pero no es regular... Es necesario que la generosidad sea también legal. Para eso está la ley. Se dá por medio de testamento, por contrato matrimonial, por donación... (Jorge, á las últimas palabras de Langlois, se para y contempla un instante á Hortensia.)

JORGE (Dá la mano á Langlois y se acerca al Conde, diciendo:) Tenéis razón, amigo. Señor Conde, escuchadme: (Momento de silencio.) Hijo del pueblo, he tenido para luchar con la desgracia, la fuerza y la energía de ese mismo pueblo. Distante por mi nacimiento de todos los caminos que conducen á la fortuna, pedí al Océano lo que la tierra me rehusaba. Embarcado como simple marinero en un buque del Estado, comprendí que nunca, tal vez, las charreteras de oficial adornarían mis hombros plebeyos. Yo era valiente, joven y robusto. Estábamos entonces en guerra contra los ingleses. Ayudado de algunos amigos y compañeros, aresté una balandra, que bien pronto cambié por un bergantín, tomado al abordaje. Perseguí con arrojo hasta en sus posesiones de las Indias, á esos eternos enemigos de la Francia, que más de una vez regaron mi buque con su sangre, y llenaron de oro mis arcas. Diez años había llevado con orgullo mi pabellón enarbolado, cuando el ministro de marina me ofreció el mando de una fragata y lo rehusé, prefiriendo quedarme, lo que era, dueño de mis acciones. El ministro me hubiera hecho capitán de navío. Yo soy mucho más; soy grande almirante, soy rey en Saint-Tropez, mi país, que me conoció pobre, y hoy es rico conmigo; pues la fortuna que adquirí al precio de mi sangre, hace la felicidad de toda una provincia. Mil doscientos jornaleros tienen, gracias á mí, asegurada la subsistencia. Estos son mis títulos de nobleza. Por antiguos que sean los vuestros, no los considero mejores. (Silencio.) Señor Conde,

¿queréis darme la mano de vuestra hija?

HORT. ¡Ah!

PAU. (*A Langlois.*) Es un excelente sujeto.

CONDE Señor Mauricio: (*Alargándole la mano.*) Muy dichosa debe considerarse la familia con quien emparentéis; mas esta familia no puede ser la mía.

PAU. (*Bajo á Hortensia.*) ¿Cómo? ¡Rehusa!...

CONDE He perdido la fortuna de mi hija. No tengo derecho para disponer de su corazón ni de su mano.

HORT. ¡Padre mío!

PAU. (*Bajo á Hortensia.*) Es la miseria la que acepta.

HORT. (*Idem.*) Y la miseria lo matará.

DOM. (*Saliendo por el fondo, se acerca á Hortensia, y dice en voz baja.*) ¿El señor de Arbel puede entrar?

HORT. (*Con viveza.*) No. (*Aparte.*) Pobre Carlos. (*Alto.*) Decidle que le deseamos un buen viaje. (*Vase Domingo.*) ¡Perdonad, caballero!... (*A Jorge, que se dispone á marchar.*) Puesto que mi padre me deja dueña de elegir esposo, (*Con dignidad lo que sigue.*) la hija del conde de Auberive acepta la oferta que le hacéeis de vuestra mano.

JORGE ¿Vos, señorita?... ¿Vos mi esposa?... ¡Es posible!..

CONDE (*A Paulina.*) Dios la haga feliz.

JORGE (*Aparte, con exaltación.*) ¡Gracias, Dios mío!.. ¡Gracias! ¡Esta mujer es, sin duda, el ángel de perdón que me enviáis!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Cinco meses después del primero.—A la derecha, en primer término, la casa de Jorge Mauricio; tiene cuatro ó cinco escaleras para entrar en ella. Al fondo, en primer término, una reja de hierro, y más allá el astillero y un buque en construcción. En primer término, á la izquierda, un pabellón con ventana que se abre hacia el público. En segundo término, hacia el mismo lado, un cobertizo, bajo del que hay una fragua y una bigornia. Un banco de piedra bajo la ventana del pabellón. Al subir el telón se advierte gran movimiento en el astillero y la fragua.

ESCENA PRIMERA

OBR. 1.º (En la fragua.) ¡Uf! La sed y el calor me ahogan... no puedo más. (Tira su martillo.)

OBR. 2.º Yo tampoco. Mal oficio es el nuestro en el mes de Agosto.

TODOS ¡Malísimo, malísimo! (Salen todos del astillero hacia el centro de la escena. Jorge aparece en el fondo, sin nada á lá cabeza, y con un gabán de marino echado al hombro.)

ESCENA II

DICHOS y JORGE

JORGE ¿Qué es eso? ¡Todo el mundo con los brazos cruzados!

TODOS (Levantándose y descubriéndose.) Señor Mauricio...

OBR. 1.º (Titubeando.) Señor, es que...

JORGE. ¡Silencio! ¿Olvidáis que os pago una mitad más por vuestro trabajo? Si los mil trescientos obreros que empleo aquí, en la granja, en el puerto y en el astillero, hacen otro tanto durante una hora solamente, es cerca de medio año de trabajo el que me roban. (Movimiento de los obreros.) Sí, que me roban; está dicho: si alguno se cree ofendido que me hable. (Los Obreros, sin replicar, vuelven á su trabajo.) ¿Todos callan? ¿Nadie tiene que decir?.. ¿Ni aún tú, bergante? (Al primer obrero, que sigue machacando el hierro.) Torpe, ¿piensas reparar tu falta rompiéndome esa aguja? Si das un golpe más queda inservible. (Tira el gabán, coge el martillo y empieza á machacar.) Así se hace. ¿No te avergüenzas de que un marino te enseñe el oficio?

ESCENA III

LOS MISMOS, ANTONIO, que viene de fuera, después CARLOTA, que sale de casa.

ANT. ¡Jorge, Jorge!

JORGE (Yendo hacia él.) ¿Qué hay?

ANT. Acaban de decirme que el bergantín *Alerta*, que no debía entrar en el puerto hasta mañana, está á la vista desarbolado.

JORGE ¡Qué diablo! ¡Y no será posible! El mar está furioso.

ANT. El caso es que piden socorro.

JORGE Tiene á bordo doce buenos marineros. Sin embargo, es preciso ir á socorrerlos á todo trance... á salvar á la tripulación, ya que no pueda ser otra cosa.

ANT. Eso he dicho yo allá bajo; pero me han respondido que hay mucha marejada, y no se atreven. Como que todos son casados, y con familia...

JORGE Tienen miedo... pues bien, yo iré.

CARLO. (Desde la escalera.) ¿Vos, Jorge?

ANT. No; yo más bien.
JORGE Tú no eres marino. Además... tu hijo, tu mujer...
ANT. ¿Y la tuya?
JORGE (Con amargura.) ¡La mía! ¡Ah! Le queda mi fortuna para aconsolarse.
OBR. 1.º Os acompañaremos, señor Mauricio.
TODOS Sí, sí. Todos iremos.
JORGE (A Carlota en voz baja.) No digáis una palabra.

ESCENA IV

CAROTA. Después JERÓNIMO

CARLO. Con tal que mi marido no vaya á exponerse... Jorge no lo permitirá. (Jerónimo entra por la derecha.)
JER. ¿Podéis darme noticia de la señora de Mauricio?
CARLO. ¿Qué le queréis?
JER. Deseo verla.
CARLO. Ahora no puede ser.
JER. ¡Qué diablo! Lo siento.
CARLO. ¿Esa carta es para ella? ¿Sin duda es urgente? ¿De dónde viene? (Acercándose á Jerónimo.) ¡Calla! no trae sobre.
JER. No, señora. Es una especie de restitución la que vengo á hacer.
CARLO. ¿Cómo?
JER. Esta carta que vuestra ama...
CARLO. No; mi prima.
JER. Por muchos años. Vuestra prima me envió esta carta, hace ya tiempo, para que la entregase en propia mano á un... una persona...
CARLO. (A un joven, sin duda.)
JER. Que se hallaba gravemente enfermo en mi posada de Cerny, cuando el señor Mauricio vino de París con su esposa... hace unos cinco meses... pocos días después de su casamiento... Pero antes que la carta llegara á mis manos, la persona enferma había con-

tinuado su viaje á Marsella, sin esperar su completo restablecimiento. Figurándome que volvería á pasar por Cerny, he guardado hasta ahora la carta; mas visto que no ha vuelto, y teniendo que hacer con otro motivo un viaje á Saint-Tropez, la he traído para devolverla á la señora... No es cosa que yo la guarde eternamente. Por otra parte, espero una buena gratificación, porque vuestra prima me la recomendó mucho, y por ciertas prevenciones... infiero que esta carta le interesa.

CARLO. (Qué misterios. Aquí hay gato encerrado.) (Alto.) Si no queréis deteneros, yo la entregaré.

JER. No puedo complaceros.

CARLO. Entonces tendréis que esperar.

JER. No importa. Voy á acomodar mi caballo en el parador del Escudo de Oro, y volveré dentro de una hora.

CARLO. Como gustéis. (Vasé Jerónimo por el fondo derecha, y Antonio sale por la izquierda.)

ESCENA V

CARLOTA y ANTONIO

CARLO. Si hubiera podido cogerle la carta, sabría... (A Antonio, que entra.) ¿Ya estás de vuelta?.. Y bien...

ANT. No hay novedad. Jorge se arrojó en una lancha del mismo modo que si fuese todavía el marinero de otro tiempo, y alentados con esto los demás, le siguieron, y ya deben estar todos en el puerto.

CARLO. Tanto mejor. Yo temía por él.

ANT. ¿Por él? (Cambiando de tono.) Yo también, á pesar que mi afecto ha disminuido mucho desde que...

CARLO. Se ha casado, ¿no es verdad?

ANT. No porque yo sea ambicioso; pero soy su único primo; nuestro hijo es ahijado suyo,

y sabes que él pensaba dejarle toda su fortuna, pues no tiene otros parientes. ¡Quién hubiera nunca creido que después de cuarenta y tres años de solterón, y de vivir como un salvaje, fuese á buscar á París una mujer para hacerla dueña de su inmensa fortuna! (Se sienta en el banco de la derecha, y tira á un lado su sombrero con cólera, y queda como pensativo.)

CARLO. Y que iría á escoger una señorita de gran tono... la hija de un Conde. ¡Como si esa remilgada pudiera convenirle! ¿Te acuerdas de la cara que puso al llegar aquí? Parecía que entraba en un establo. ¿Y cuando habla?.. Cualquiera la tendrá por una princesa destronada. Así es que en todo el país, cuando la nombran, en vez de llamarla señora Hortensia, como á mí señora Carlota, todos dicen: «la señora de Saint-Tropez.» Esto no se puede aguantar. Tantos respetos, tantos cumplimientos con una mujer que antes de casarse no tendría un cuarto. ¿Pero en qué estás pensando?

ANT. (Con sombría expresión.) Pienso en el día en que tú le quitaste de la mano aquellos polvos venenosos, de que nos servimos para las fundiciones, y que ella había tomado por equivocación de un cajón de la cómoda. ¡Qué mal has hecho! ¿Por qué advertirle?..

CARLO. (Con asombro.) ¿Estás en tu juicio?

ANT. ¡Simplota! Está visto que corre por tus venas agua de cebada en lugar de sangre. Yo no soy así... y confieso, francamente, mi odio. No daría un paso para salvar ni á ella, ni á Jorge.

CARLO. ¿Cómo?... ¿ni á Jorge? ¡Tu primo, tu amigo!

ANT. ¿De qué me sirvió su parentesco, ni su amistad? ¿Me ha consultado él sobre su matrimonio? No. ¿Ha asegurado por ventura la suerte de mi hijo, que él decía querer tanto? ¡No! Y sin embargo, he trabajado con constancia durante veinte años por aumentar su fortuna. ¿Quién ha hecho valer sus presas cuando él regresaba de sus expedi-

ciones por mar? Yo, yo que las transformaba en seguida en buenas posesiones, en hermosas granjas. He comprado mucho para él; algo para mí. Cuando recorríamos juntos nuestro territorio, yo le decía: «esto de la derecha es todo tuyo; lo de la izquierda, mío.» Esto le satisfacía y á mí también. Hoy día me pide cuentas, quiere saber el estado de su fortuna, la inversión de las sumas que me entregó, hasta el último sueldo. ¡Ah, esto es infame! ¡Yo, que me había acostumbrado á mirarlo todo como propiedad nuestra, quiero decir, de nuestro hijo, qué iniquidad!

CARLO. Mauricio ha cambiado mucho para con nosotros. Hoy no es el mismo que hace dos años. ¿Te acuerdas cuando al regresar de su último viaje quiso hacer testamento en favor de nuestro Jorge?

ANT. Entonces le hubiera dejado todo, así lo esperaba yo... Ese maldito casamiento ha sido para mí una puñalada... A los cuarenta y tres años ir á enamorarse de una...

CARLO. De una mujer que no le ama.

ANT. Así lo creo.

CARLO. Y que ama á otro.

ANT. ¿A otro?

CARLO. Estoy segura de ello.

ANT. (Con alegría.) La prueba, señora Carlota, la prueba.

CARLO. Está en manos de un hombre que se halla en este momento en el parador del Escudo de Oro. Es una carta que ella dirigía á un joven, y apostaré la cabeza á que es una carta de amor.

ANT. Si así fuera, otra sería nuestra suerte. Nuestro hijo recobraría lo perdido y tendríamos además el placer de corresponder al mal que nos ha hecho esa impertinente bachillera!

ESCENA VI

DICHOS, HORTENSIA y JOSÉ

CARLO. (Hortensia aparece por la derecha, seguida de José.) Cállate, que aquí viene... ¡Qué lujo!... Sólo por despreciarnos más, se pone de veinticinco alfileres.

ANT. ¡Espera!... Verás cómo humillo toda su vanidad... ¡Buenos días, prima!... Parece que no hacéis caso de la gente... Pues por mucho que os entonéis, no dejaremos de ser parientes.

HORT. (Con sequedad.) Ya lo sé. (A José.) ¡Os había mandado ensillar mi caballo!

JOSÉ Sí, señora; pero me han dado después contraorden.

HORT. ¿Quién?

CARLO. Yo.

HORT. ¿Vos?... ¿Y por qué?...

CARLO. Porque Mauricio espera hoy gentes de París, y es natural que vos las recibáis, mientras él está ocupado trabajando.

HORT. Abusáis con exceso de la bondad de mi marido, y de la mía... (Al criado.) Decid á mi doncella, que voy al tocador.

CARLO. La he ocupado yo.

HORT. ¡Cómo!... ¿Habéis tenido el atrevimiento de dar órdenes en mi casa?

ANT. (Aparte.) ¡En su casa!...

CARLO. Sí, he dispuesto de vuestra doncella en servicio de su amo... Está mejor empleada ahora, que colocando prendidos ó haciendo flores de mano... Yo no puedo, además, hacerlo todo; ni me acomoda; porque al fin soy parienta y no criada de Jorge.

HORT. Podéis ser cuanto gustéis en vuestra casa, más no en la mía.

ANT. (Aparte.) Es capaz de echarnos.

CARLO. No os incomodáis poco por una criada; como si no pudiérais hacer vos misma durante

una hora, lo que habéis hecho siempre cuando erais soltera.

HORT. (Irritada, al criado.) Decid á vuestro amo que quiero hablarle. (Vase José por la izquierda.)

ANT. (A su mujer en voz baja.) ¿Dices que ese hombre que trae la carta... está?...

CARLO. (Lo mismo.) En el parador del Escudo de Oro.

ANT. ¡Muy bien! Tú has empezado la obra y yo voy á acabarla. (Vase por la derecha, y Carlota entra en la casa.)

ESCENA VII

HORTENSIA, después JOSÉ, y luego LANGLOIS y PAULINA

HORT. (Sola.) Tanta insolencia es inaguantable. Es preciso que sepa mi marido... ¡Mi marido!... ¿Tengo derecho á exigir nada de él, después de la horrible sospecha que concibió en la posada de Cerny?... Me respondería como otras veces: «no me pidáis que los aleje de mí; son las únicas personas que me comprenden y me aman en el mundo...» Y yo no puedo decirle: ¡la que mejor debe comprenderos, la que mejor sabe amaros es vuestra esposa!... ¡Oh... no, yo no puedo decírselo, pues el rubor me desmentiría!... Y si entonces me interrogaba con su mirada penetrante, yo caería á sus piés muerta de angustia y de terror, pidiendo gracia y perdón, como imploraba después de mi fatal encuentro con Carlos en Cerny... ¡Yo me turbaría, como me turbé entonces al pensar que Carlos estaba dos pasos de nosotros!... Sí, Jorge no comprendió la verdadera causa de mi agitación, de mis ruegos, para que me alejase de allí; no dejó de conocer que mi corazón no era suyo... ¡Pobre Carlos!... ¡Cuánto habrá padecido al recibir mi carta participándole todo lo ocurrido desde su salida de París!... Todo excepto el nombre de mi es-

poso, y el lugar de nuestra residencia... ¡Quiera el cielo que me haya olvidado!... ¡Que sea dichoso!...

JOSÉ (Entrando por el fondo de la derecha.) El señor Langlois y su esposa acaban de llegar.

HORT. (Saliendo á su encuentro.) ¡Paulina! (La abraza.) ¡Señor Langlois!... ¡Qué sorpresa tan agradable!...

PAU. ¡Cómo!... ¿No nos esperabas?...

LAN. Yo había escrito á vuestro esposo, anunciándole nuestra venida.

HORT. Nada me había dicho. (Langlois entrega al criado la capa de su esposa que traía sobre el brazo.)

PAU. Le habíamos prometido que al pasar á los baños, nos detendríamos aquí unos días... Vamos, ha querido sorprenderte... Pero tú estás triste, abatida... ¿Qué tienes?

HORT. Nada, amiga mía. Acabo de incomodarme con la mujer de un amigo, de un primo de mi marido. Es la que gobernaba la casa antes de mi venida... Había adquirido aquí un dominio tan grande, que se le resiste ahora mucho abdicarlo... Se opone constante y abiertamente á todas las órdenes... á todos mis deseos...

PAU. Es preciso despedirla, enviarlos á su casa.

HORT. Jorge se opondría.

LAN. (Admirado.) ¿Qué dice?

PAU. (A su marido.) ¡Langlois! ¿Creéis que haya maridos que se opongan?

LAN. Yo... no creo...

PAU. ¡Cómo, querida!... ¿Tú no eres la que mandas? ¿No haces lo que quiéres de tu esposo?

HORT. Yo no sé más que temblar delante de él.

PAU. ¿Tan malo es?...

HORT. Malo, no; pues á pesar de la violencia de su carácter, es muy querido de todo el país.

PAU. Eso no basta... es preciso que se haga amar también en su casa, y para esto debe ser sumiso... obediente. Pero en fin, ¿cómo vivís aquí? Esto no me gusta... ¿Cuál es vuestra habitación?...

HORT. (Señala la casa.) Yo vivo ahí... con mi doncella,

y mi marido (Señala el pabellón.) en ese pabellón...

LAN. (Asombrado.) ¡Ah!... ¡Bah!...

PAU. ¡Cómo!... El uno aquí, y el otro allá... Tan pronto... ¿Y desde cuándo?...

HORT. Desde nuestra llegada...

LAN. Es decir, desde el primer día. ¡Es particular!

PAU. Es muy extraño... Pero eso no puede seguir así.

HORT. ¿Qué queréis hacer?...

PAU. Quiero ver á tu marido, y hablarle... al instante. (Aparte.) Jamás he visto cosa igual... (A Langlois) ¡Y extraña no ser el ama en su casa!

HORT. Te repito que su carácter es violento.

LAN. No vayas á indisponerme con él... Me interesa mucho conservar su amistad.

HORT. (Mirando hacia el fondo.) Allí viene. (A Paulina.) Mas vale que nada le digas... conviene así á mi tranquilidad y...

PAU. Perdona, amiga mía... no puedo complacerte... Todo está aquí en desórden, y es forzoso que yo lo arregle... Vete á tu casa con mi marido, y dejadme hacer.

LAN. Corriente... nosotros formaremos la reserva... el enemigo se acerca... huyamos. (Dá la mano á Hortensia y entran en su casa.)

HORT. (Desde la puerta.) Te ruego, Paulina, que...

PAU. Adiós, adiós... (Bajando la escena.) Ahora nos veremos, señor Mauricio... Yo os ajustaré la cuenta.

ESCENA VII

JORGE y PAULINA

(Jorge entra precipitadamente con el traje en desórden. Se vé tras de él un grupo de marineros y obreros que le han seguido; y además los que él ha salvado. Estos últimos, abrazan á sus mujeres é hijos.)

MARS. ¡Viva el señor Mauricio!

JORGE (En el fondo.) ¡Gracias, amigos, gracias!... Yo

no he hecho más que lo que han hecho vuestros camaradas... (A los obreros.) Dejad que vengan á tomar algo y descansar esos bravos marineros del *Alerta*... Han trabajado mucho y bien necesitan reposo... (Todos se ván.) ¡Si tardo diez minutos más, todos hubieran perecido!

PAU. (Mirándolo.) ¡Qué facha!... (Acercándose.) ¡Señor Mauricio!... (Saluda.)

JORGE (Con afecto.) ¡Señora!... Con cuánta impaciencia os esperaba... ¡Ah!... Perdonad que os reciba así... Vengo de salvar á unos pobres marineros, que iban á naufragar seguramente sin mi socorro; no extrañéis, pues, verme tan descompuesto... ¿Y el señor Langlois?...

PAU. Está con Hortensia.

JORGE Vuestra antigua amiga se habrá alegrado mucho de volver á veros... ¿No es verdad?... ¿Cómo es que os habéis separado de ella?...

PAU. (Con gravedad.) Porque tengo que hablaros.

JORGE ¿A mí?

PAU. Sí, señor... La ocasión es á propósito, pues estamos solos.

JORGE (Sonriendo.) ¿Tan importante es lo que tenéis que decirme? ¡Calla!... Pues debe ser cosa seria, porque á pesar de que os he visto siempre risueña, hay en este momento un no sé qué de severo en vuestra fisonomía... que...

PAU. Tengo que pediros, señor Mauricio, explicaciones acerca de vuestra manera de vivir.

JORGE ¿Cómo?

PAU. ¿Os figuráis, por ventura, que ninguna mujer se casa para llevar una vida como la que dáis á mi desdichada amiga?

JORGE (Con amargura.) ¿Y es ella quien os ha dado esa misión?...

PAU. No, señor; ella nada me ha dicho; pero yo lo he comprendido; he adivinado cuánto debe sufrir.

JORGE (Con fuerza.) ¡Señora!...

PAU. (Con firmeza cómica.) ¡Oh!... Gritad, arrebatáos cuanto queráis; no por eso suprimiré ni una

sílaba de lo que pienso deciros... Os advierto que no se me asusta fácilmente... Llevo ya tres años de casada... y además, (Con más dulzura.) ¿por qué temeros?... Vos sóis fuerte... violento... yo dulce y débil... la ventaja está de mi parte. En fin, si vuestro orgullo rehusa oírme, recurriré á vuestro corazón, que me responderá, puesto que es bueno y generoso. Hace seis meses, os ví abandonar noblemente una parte de vuestra fortuna en favor de un pobre y honrado anciano y de su hija. Hace media hora, esponíais vuestra vida por salvar á unos pobres marineros... Ya conocéis que no puedo temeros. (Sonriendo.) Y en prueba de ello, os doy la mano... ¿Véis que no tiembla en la vuestra?

JORGE ¿Qué queréis de mí, señora?... Hablad, ya os escucho.

PAU. Me prometéis no alteraros aun cuando os pregunte, ¿por qué es desgraciada Hortensia?

JORGE (Aparte, con emoción.) ¡Desgraciada!...

PAU. ¿Cuál es la causa de vuestro abandono hacia ella? ¿Ha olvidado acaso vuestros beneficios... sus deberes?...

JORGE (Aparte, conmovido.) ¡Siempre mis beneficios! ¡Siempre sus deberes!

PAU. Ante Dios habéis jurado hacerla feliz... Confiado en vuestra lealtad, el señor de Auberive no llora más que la ausencia de su hija, á quien considera dichosa. Yo también, caballero, lo creía así, y al llegar aquí encuentro á mi amiga pálida... triste... llorosa... y averiguo al momento que aislada en este miserable país, es desdeñada por vos, é insultada impunemente en su misma casa por las personas que os rodean; ya véis, si con tales antecedentes debo ó no preguntaros: ¿por qué no la hacéis dichosa? ¿Por qué no la amáis?

JORGE (Cayendo en el banco, sin poder contener sus sollozos.) ¡Que no la amo, Dios mío... que no la amo!...

PAU. (Corriendo á él.) ¡Señor Mauricio!... ¿Qué tenéis?... ¡Llora!... ¡Los sollozos le ahogan!... Voy á llamar...

JORGE (Levantándose precipitadamente y deteniendo a Paulina.) ¡Oh!... ¡No; no la llaméis!... Sólo delante de vos puedo llorar.

PAU. ¿Qué pasa entonces aquí?... ¡Yo no comprendo!..

JORGE Váis á saberlo, señora... Váis á saberlo... No puedo guardar más tiempo el secreto que esperaba sepultar conmigo.. ¡Todo os lo diré! A vos, que sóis su mejor amiga... pero, á vos sola... ¿Os habéis asombrado, no es verdad, al ver á Hortensia, porque la hallásteis pálida y triste?... Y á mí, señora, ¿cómo me encontráis?... Miradme un momento: ¿soy, por ventura, el mismo?... ¿Decís que habéis sorprendido algunas lágrimas en sus ojos?... ¿Encontráis hoy en los míos aquellos rayos de esperanza y de alegría que os hicieron presagiar un feliz porvenir para vuestra amiga? La fatalidad ha entrado en esta casa, señora, y cada día nos prepara un nuevo suplicio .. cada minuto un nuevo tormento.

PAU. Pero, ¿cuál es la causa?

JORGE La causa es, que yo amo á mi mujer, y ella me aborrece.

PAU. ¡Oh!... ¡Es imposible!...

JORGE Imposible, ¿no es verdad?... Pues que yo no forcé su voluntad... Yo le dí gracias de rodillas cuando aceptó mi mano... ¡Insensato! ¡Ella pagaba así un beneficio!... ¡Cumplía un deber!...

PAU. No os comprendo...

JORGE Sí; me siguió como sigue el esclavo á su dueño .. la víctima al verdugo... ¡Cuando alguna vez, solo con ella, le hablaba yo de nuestro porvenir, para mí tan bello, tan risueño, me respondía con lágrimas! ¡Cuando le hablaba de mi amor, santo y puro como ella, una mortal palidez cubría su rostro!... ¡Si entonces, inquieto y temblando, abría mis brazos para sostenerla, ella me rechaza-

ba, cayendo en fin á mis piés, helada de espanto... y de horror... porque me aborrecía, señora!...

PAU. (¡Aquí hay un extraño misterio!)

JORGE Conocí por último que se había sacrificado por salvar á su padre, y me he condenado á no ser para Hortensia más que un extraño. Desde entonces, ni una sola palabra de amor salió de mi boca... Mas este amor, siempre encerrado en mi pecho, se acrecentó con la desesperación, se extendió por todo mi ser, y hoy abrasa mis venas. . desgarra mi alma... ¡Yo la amo, señora; la amo como no he amado nunca á mi madre!... Cuando por la tarde me retiro de mi trabajo, entro solo (Señalando el pabellón.) en ese pabellón en donde devoro mis penas, dejándola libre y dueña de sus acciones... Nada puede así recordarle sus deberes ni mis derechos... Quizá algún día me conozca y me llame... Entonces deberé á ella y á Dios mi felicidad... La amo y espero... Hé aquí mi secreto.

PAU. (Enjugando sus lágrimas.) Y yo os acusaba... ¡Cuán injusta era!... ¡Lo que habéis hecho es grande, sublime! (Le dá la mano.) Gracias, amigo mío, gracias por la confianza que os he merecido. ¡Hortensia no puede aborreceros, estoy segura de ello!... ¡Ella cree en vuestro desdén, como vos creéis en su aversión!... Mas cuando os conozca, cuando sepa lo que acabáis de manifestarme, vendrá á vos, os lo aseguro; os estrechará en sus brazos y os amará como merecéis ser amado...

JORGE ¿Amado de ella?

PAU. Si yo fuese vuestra esposa, os adoraría... Mirad, hace un momento que estaba irritadísima contra vos, y ahora... no puedo menos de abrazaros... (Le abraza.) Voy á buscar á Hortensia... Hasta luego. (Aparte.) Este hombre es un angel. (Váse.)

ESCENA IX

JORGE, después ANTONIO

JORGE (Solo.) ¡Vamos!... Mi suerte vá á decidirse... ¡Hortensia sabrá cuánto sufro!... ¿Creerá á á la amiga que vá á hablar en mi favor?... ¿Se compadecerá de mí?...

ANT. (Por el fondo enseñando la carta.) (Ya la tengo.)

JORGE ¡Oh!... ¡No me atrevo á esperar!.. ¡Un nuevo desengaño me mataría!

ANT. (Bajando á la escena.) (No hay duda, es una carta de amor.)

JORGE (Viéndolo.) ¡Hola!... ¿Eres tú?... ¿Qué se ofrece?...

ANT. Si te incomodo me iré... No tengo más que una palabra que decirte... Estoy pronto á rendirte las cuentas, y cuanto antes, será mejor.

JORGE ¿Por qué?

ANT. Porque quiero irme.

JORGE ¡Tú, quiéres irte!... ¡Tú, mi pariente, mi amigo!

ANT. Precisamente porque soy uno y otro, deseo marcharme... No me acomoda que nadie trate á mi mujer, ni á mí tampoco, como á criados. Mi mujer, aunque no tiene humos de gran señora, vale tanto como otras. Nos iremos á nuestra casa, y aunque no seamos millonarios, seremos queridos y respetados.

JORGE ¿Estás loco?... Ya veré á Hortensia y le hablaré.

ANT. Es ocioso. Aunque ella misma me rogara que me quedase; sería en vano.

JORGE ¡Ah! Si dás tan poco precio á nuestra antigua amistad, que no vacilas en sacrificarla al resentimiento que han podido excitar en tí cuatro palabras, dichas probablemente sin reflexión, por una niña, ya no te detengo.

ANT. No se trata sólo de palabras... Hay también hechos que irritan y que no puede ver con indiferencia un hombre honrado.

JORGE Es decir, que tienes algún otro motivo que me ocultas.

ANT. Tal vez... Pero este motivo lo reservo.

JORGE Yo debo y quiero saberlo.

ANT. ¿Y si es por tu tranquilidad?

JORGE ¡Quiero saberlo todo!...

ANT. ¡Enhorabuena!... Por otra parte, tampoco yo quiero pasar por ingrato.

JORGE Habla, pues.

ANT. Jorge, tu amas á tu mujer y ella no te ama á tí.

JORGE (Conteniéndose.) ¿Quién se atreve á decirlo?

ANT. ¿Quién?... Tú, el primero... Tú, que hablas en voz alta por la noche, cuando estás solo, y crees que todos duermen... Tú, que la amas con un amor igual al que ella profesa á otro.

JORGE (Enfurecido.) ¡Desgraciado! (Lanzándose sobre Antonio y derribándole sobre el banco; á media voz.) ¿Sabes lo que hubiera hecho ahora contigo si alguno te hubiese oido?

ANT. ¿Matarme?... No; porque antes te habria yo presentado la prueba de su infidelidad.

JORGE ¡La prueba! ¿Habré entendido mal?... ¿La prueba has dicho?... ¿Tienes una prueba?... ¡No, es una infame calumnia!

ANT. (Dándole la carta.) Toma y lee.

JORGE (Titubeando al abrirla.) Una carta... una carta sin sobre... nada dice que sea dirigida á un amante...

ANT. Lee y verás.

JORGE (Abriéndola.) ¡Si has mentido!...

ANT. ¡No miento nunca!

JORGE (Después de haberla leído.) ¡Oh!... ¡Su nombre!... ¡El nombre de este hombre!... ¡Sí, ella le ama!... ¡Tiembla por su vida!... ¡Estaba á un paso de nosotros, en esa maldita posada!... ¡Y yo nada he visto!... ¡Nada he sospechado! ¡Oh, imbécil!...

ANT. ¡Silencio, aquí viene!

JORGE Déjanos solos... déjanos, te digo. (Antonio se va por el fondo hacia la derecha.)

ESCENA X

JORGE, HORTENSIA, saliendo de casa.

HOR. (Aparte.) Paulina tiene razón; el amor de Jorge es mi mejor, mi único refugio... El me defenderá contra Carlos... contra mí misma. ¡Aquí está!

JORGE (Aparte.) Yo sabré el nombre de este hombre. (Baja á la escena procurando contener su agitación.)

HOR. (Aparte.) ¿Por qué temblaré delante de él?... (Alto.) Jorge, vengo á pediros que me perdonéis.

JORGE ¡Perdonaros!

HOR. Ahora conozco el mal que involuntariamenmente os he causado. ¡Cuán injusta he sido en quejarme! De vos, que tan desgraciado érais... De vos que padecíais en silencio ocultándome vuestras amarguras. Conociendo vuestra nobleza y generosidad, os confié mi destino, y os juro que sin la menor violencia os entregué mi mano. Desde hoy corresponderé á vuestro amor con la estimación más tierna y profunda... con un afecto sin límites... ¡Jorge... aún seremos dichosos!...

JORGE (Mirándola hito á hito) ¡Señora, no sabéis mentir!...

HOR. ¿Qué decís?

JORGE Y me alegro, porque váis á decir el nombre del sujeto á quien dirigíais esta carta... (Se la enseña.)

HOR. Esta carta, ¡Dios mío!... ¿Cómo está en vuestras manos?

JORGE ¿Me interrogáis, señora?... ¡Su nombre, repito... quiero saber su nombre!

HOR. ¡Tranquilizáos!... Os lo diré todo, pues soy inocente...

JORGE (Con arrebato.) No quiero explicación... Es su nombre nada más.

HOR. ¡Sí, para ir á batiros!... Para que yo cause

vuestra muerte. después de haber causado vuestra desgracia. ¡Jamás, jamás!

JORGE (Con amargura.) Ya véis si tenía razón en decir que no sabéis mentir... ¡Fingís temblar por mí!... ¡Mas es por él por quien tembláis! Y á fe, que tenéis razón, porque lo mataría!.

HOR. ¡Gracia, señor, gracia!...

JORGE Así... También así implorábais por él en la posada de Cerny... ¡Infame!

HOR. ¡Por piedad, escuchadme!

JORGE ¡Piedad! Ni para él, ni para vos, si no me decís su nombre.

HOR. ¡Nunca, nunca!...

JORGE (Empujándola con fuerza.) ¡Miserable!

HOR. (Cayeudo sobre el banco.) ¡Ah!...

JORGE (Levantándola bruscamente.) Alguien viene. Alzad, señora; devorad vuestras lágrimas como yo devoro mi vergüenza.

ESCENA XI

Los mismos, LANGLOIS, PAULINA y ANTONIO, por el fondo.

LAN. (Desde la puerta de la casa.) ¡Mi querido amigo!

JORGE (Forzándose en sonreir.) ¡Señor Langlois! ¡Cuánto me alegro de veros!

PAU. Y bien, he logrado mi intento. ¿Estamos acordes?

JORGE Señora, os asegùro que en este momento no tenemos más que un pensamiénto. Dignáos, os ruego, subir al comedor, yo tengo algunas órdenes que dar... algunas prevenciones que hacer, que mi extrema felicidad me ha hecho olvidar.

HOR. (A Jorge en voz baja.) ¡Señor!... ¡En nombre del cielo!

JORGE Vamos, Hortensia; acompañad á estos señores... (Bajo.) Conteneos y ni una sola palabra. ¿Entendéis? Ni una sola... Yo lo exijo. (Alto.) Soy con vos al momento. (Les acompaña hasta la escalera, vuelve en seguida á la escena y se encuentra con Antonio.)

ESCENA XII

JORGE y ANTONIO

ANT. (Aparte.) Vamos, se ha justificado y he perdido el juego. (Alto.) ¡Conque al fin tengo que irme!... Tú la amas aún, ¿no es verdad?

JORGE Yo la mataré, si no encuentro á ese dichoso amante cuyo nombre no quiere ella revelarme... En Cerny conseguiré algunas noticias... Podrán tal vez decirme el camino que tomó, y lo seguiré, lo alcanzaré, aunque sea en el infierno.

ANT. Lo seguirás, lo alcanzarás... os batiréis, y si él te mata... se hará dueño de tu viuda y de la fortuna que tanto te costó adquirir.

JORGE ¡No!... no quiero que mi muerte sea para ella una doble dicha. Todo lo que de mis bienes me permita la ley enajenar, quiero dejarlo á tu hijo.

ANT. No puedo permitirlo... Pues qué, ¿no tienes otras personas á quien hacer también felices?

JORGE Sí, otra sola y nada más... Escucha, Antonio; voy á pedirte una nueva prueba de tu amistad. Existe en el mundo un pobre huérfano cuya felicidad me interesa, y es mi primer deber asegurarla... Hace cerca de veinte años que, sin que él me conozca, soy su protector, su sostén.

ANT. Nunca me has hablado de eso; ¿y por qué le dispensas esa protección?

JORGE Por reparar un fatal error... ¡un crimen!... Otro día te lo diré todo; voy á entregarte para ese joven doscientas mil libras.

ANT. ¡Doscientas mil libras!...

JORGE Que le darás sin decirle de parte de quién... ¿entiendes? Mañana saldrás para París y te daré las señas de su casa.

ANT. ¿Y si él me pregunta?

JORGE Le dices que no conoces la persona que te envía... Si te ofrece recibo, rehúsalo... Ya ves

que á nadie más que á tí puedo encargar de este asunto.

ANT. ¿Y el nombre de ese joven?

JORGE Carlos de Arbel.

ANT. ¡Carlos de Arbel! Está bien.

JORGE Espérame aquí. Cuatro líneas bastarán para dejaros dueño de toda mi fortuna... Quiero dejártelo á tí todo; á tí, mi único, mi verdadadero amigo... que te avergonzabas de mi deshonra.. (Llora.) ¡Desgraciado de mí!... ¡ah!.. ya detesto á esa mujer... tanto cuanto antes la amaba.

ANT. ¡Y, sin embargo, lloras!

JORGE Es verdad... Lloro como un niño... ¡La quería tanto!... ¡Era tan dichoso cuando la contemplaba á mi lado!... ¡oh!... es preciso olvidarlo todo... (Entra en el pabellón y por la ventana, que está abierta, se le ve sentarse á escribir.)

ESCENA XIII

ANTONIO

¡Es un sueño!... Mi hijo único heredero... y entre mis manos doscientas mil libras, de cuya cantidad no he de tomar recibo... Si él muriese en ese duelo... Cá, no se batirán... Jorge volverá para perdonarla, pues la ama todavía; retractará lo que hoy hace, y me pedirá de nuevo cuentas, que no podré rendirle, y me veré perdido... ¡perdido! Cuando tengo ahora en mis manos tantas riquezas...

ESCENA XIV

ANTONIO, JORGE saliendo del pabellón

JORGE Hé aquí mi testamento en favor de tu hijo, y en esta cartera...

ANT. ¿Las doscientas mil libras?

JORGE Dirigidas á Carlos de Arbel... Ahí van las señas... ¿Recuerdas lo que te he dicho?

ANT. Sí; ni explicaciones ni recibo... no me olvidaré.

JORGE (Yendo hacia su casa.) Ponte en marcha mañana á las seis...

ANT. Pierde cuidado... (Aparte.) Consultaré con la almohada.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Quince días después del segundo.—La habitación de Hortensia; á la derecha, en primer término, un velador y un sillón; en segundo, una chimenea y espejo.—Puerta en el fondo; otras dos en tercer término, una á la derecha y otra á la izquierda.—Frente á la chimenea una biblioteca.—Muebles y tapicería obscuros.—Empieza á amanecer.—Dos bujías casi consumidas arden todavía, un tintero, un azucarero y un vaso de agua sobre el velador.—Paulina está sentada á él escribiendo.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, escribiendo

(Leyendo la carta.) «Felicitaos, mi querido esposo, de que vuestros negocios os hayan obligado á regresar tan repentinamente á París... El espectáculo que tengo á mi vista es horroroso; mas no puedo ni debo abandonar á Hortensia. Ya sabéis que vuestro amigo Mauricio ha sido acometido de una grave y extraña enfermedad, el mismo día que se disponía á partir con vos... Desde entonces su mal se ha agravado... Gracias á los constantes cuidados de nuestra buena amiga y á la ciencia y celo del doctor Gerfauf, el enfermo parecía ayer algo más aliviado. Pero... ¿podéis creerlo? El es el único que se muestra aquí indiferente á todo lo que Hortensia hace por él... ¡Dios mío!... ¿qué es, pues, lo que ha pasado entre ellos?... Por el próximo

correo os daré nuevas noticias... Quiera el cielo que sean ménos tristes que las de hoy.» (Cierra la carta y Carlota sale del cuarto de la derecha, que es el de Mauricio.)

ESCENA II

PAULINA y CARLOTA

CARLO. ¿Cómo os habéis levantado tan temprano?... (Apaga las luces y las coloca sobre la chimenea.)

PAU. La inquietud no me dejó dormir. ¿Y el enfermo, cómo sigue?

CARLO. Un poco mejor... Ha querido levantarse y la señora me ha llamado para que la ayudase... ¡ah! Si ella continúa como hasta ahora, acabará por aniquilarse... No cesa de día y noche de dar vueltas... Aunque fuera de bronce no podría resistir.

PAU. ¡Pobre Hortensia! ¡Cuánto padece!

CARLO. Mirad, soy franca; yo quería muy poco á la señora de Mauricio, y aún tenía razones para no quererla nada; pero desde que he visto que asiste á su marido con tanto y aun más interés que yo pudiera cuidar á mi Antonio... no he podido ménos de apreciarla. Es una verdadera hermana de la caridad, y no puedo oir sin indignación las infamias que se dicen de ella.

PAU. ¿Qué se atreven á decir?

CARLO. Mil cosas abominables... imposibles... Porque una haya tenido amores antes de casarse no hay razón para...

PAU. ¿Qué decís?...

CARLO. Lo que debéis saber tan bien como yo... Esa carta que ella dirigía á su antiguo amante es la causa de todo.

PAU. ¿Una carta?

CARLO. Sin duda; mas, como yo decía ayer, esa carta no prueba que la esposa de Jorge desee enviudar, ni que haya empleado medios para conseguirlo.

PAU. ¡No os comprendo!...

CARLO. Pues esto es muy claro... Todo el mundo dice que vuestra amiga ha tratado de impedir que Jorge fuese á matar á su rival... pues él no hacía el viaje con otro objeto que con el de ir á batirse.

PAU. ¿A batirse?...

CARLO. Y la gente añade, unos en voz baja y otros gritando... que Hortensia ha envenenado á su marido.

PAU. ¿Quién osa acusarla de ese crimen?... Pero vos sabéis lo contrario... Vos sóis testigo de cuánto ella padece; de cuánto hace por volver la salud á su esposo, y que si este se libra de la muerte, lo deberá más que á nada á los tiernos cuidados de Hortensia.

CARLO. Es lo que yo les respondo... y ellos replican que si hace todo eso, es para destruir las sospechas. En fin, señora, cuando la pobre ruega á Dios todos los días por la vida de su marido, no sabe que también ruega por la suya.

PAU. ¿Por la suya?

CARLO. Sí, señora; porque los obreros, los marineros, que adoran á su amo y capitán, si viesen espirar á Jorge, serían capaces...

PAU. ¡De qué... acabad!

CARLO. De presentarla á la justicia.

PAU. (Espantada.) ¡Ah!

CARLO. Chit... es ella... No la digáis nada; más vale que ignore...

ESCENA III

DICHAS, HORTENSIA que sale por la izquierda

HORT. (Sin ver á Paulina.) Carlota, Jorge quiere que yo vaya á descansar un rato... Pablo y Mariana quedan á su lado y me llamarán si es necesario... Os ruego también que si tiene alguna novedad me aviséis.

CARLO. Así lo haré; pero permitidme que os ayude... dejadme velar esta noche.

HORT. ¡Sois madre!... debéis cuidaros por vuestro hijo.

CARLO. (Aparte.) Por más que digan, esta no es mala mujer. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

PAULINA y HORTENSIA

PAU. (Yendo á colocarse á la derecha de su amiga.) ¡Hortensia!...

HORT. ¡Mi querida Paulina!... ¡Qué vida estás pasando!... ¡Ah! por grata que me sea tu amistad y tu compañía, veo con sentimiento prolongarse tu permanencia aquí... Vuelve á París, amiga mía, déjame entregada á mi destino.

PAU. ¿Abandonarte yo? No, jamás; no saldré de aquí hasta el completo restablecimiento de tu marido... Ya pronto se conseguirá, ¿no es verdad?... ¿Qué dice el médico?...

HORT. Aún no confía enteramente... No acaba de conocer esa enfermedad cruel, cuyos síntomas le asombran... ayer mismo nada se atrevía á asegurar.

PAU. ¡Dios mío!... ¡si llegase á morir!...

HORT. ¿Morir?... ¡oh!... no... Dios tendrá piedad de mí... pues si Jorge muere, yo soy quien lo mata.

PAU. ¿Tú?

HORT. Sí, Paulina... Soy indigna de la tierna amistad que me profesas... Todo cuanto me ves hacer por salvarle de la muerte, es hijo del remordimiento.

PAU. ¡Del remordimiento!... ¡ah!... ¡me horrorizas!...

HORT. He tenido para tí un secreto... también para él, que tan noble y generoso fué conmigo... Sí, lo he engañado indignamente. Mi ternura filial me obligó á darle mi mano, cuando mi corazón era de otro.

PAU. (Aparte.) ¡Es cierto entonces!...

HORT. Sí; era todo entero de Carlos de Arbel, á

quien yo no quería volver á ver, y que sin embargo he visto.

PAU. ¡Desgraciada!

HORT. Mi corazón sólo es culpable... Jorge lo ha sabido, y al día siguiente estaba en la agonía... ¡tanto le afectó este descubrimiento! Ya ves que si muere, es necesario que yo muera también, pues soy quien lo mata.

PAU. ¡Ah!... Perdóname, Hortensia, perdóname, pues he dudado un momento de tí... ¡Pobre mártir!... tranquilízate... Dios te dará fuerzas para cumplir hasta el fin el sacrificio... Conseguirás olvidar á Carlos... Jorge, más sosegado, conocerá que lo que le has ocultado es un pesar, mas no un crimen... Te compadecerá y te perdonará.

HORT. Esta noche estaba arrodillada delante de su cama, y creyéndole dormido rogaba á Dios por él como pudiera hacerlo por mi padre... ¡El me miraba, y por la primera vez me alargó su mano, que bañé de lágrimas! ¡Pobre mujer!... me dijo; quise hablar y me puso la mano en la boca... «Dejadme olvidar»; añadió, y continuó mirándome con angelical dulzura... «¡oh!... si me hubieséis amado...» En seguida cerró los ojos. En aquel momento hubiera dado con gusto mi vida por salvar la suya. (Se oye una campana á lo lejos.)

PAU. ¿Qué es eso?

HORT. Es la campana de la iglesia que toca á misa... Si no temiese ausentarme, iría á pedir á Dios por él.

PAU. Es muy buen pensamiento. Si la ciencia humana tiene límites, el poder divino no los conoce... Vamos, pues, juntas... quiero acompañarte... ¡tú rogarás por Jorge! Yo por él y por tí. (La lleva del brazo por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

ANTONIO y CARLOTA por el fondo

CARLO. Si has vuelto de París para decirme semejante cosa, mejor era...

ANT. (En traje de camino.) Repito que te engaña su hipocresía... Todo el mundo la acusa en tres leguas á la redonda... En la última posta se trataba de dar parte á la justicia, y gracias á mí que lo he estorbado. (Aparte.) Porque aún no es tiempo.

CARLO. (Tomando el tintero y azucarero y poniéndolos sobre la chimenea.) Cuando la veas cómo asiste á su marido, dirás también, como yo, esta mujer no es culpable.

ANT. ¡Está bien!... no hablemos más de ella... (Llamando con la mano.) Ven acá, Carlota... Dime... (Titubeando.) ¿Ha venido el señor Gerfaut... el médico?

CARLO. Todos los días viene.

ANT. ¡Todos los días!... ¿Y no sospecha nada?...

CARLO. (Va á cerrar la puerta del cuarto de Mauricio y vuelve.) No sé... pero yo... sospecho algo.

ANT. ¡Tú!... gran Dios, ¿qué quiéres decir?

CARLO. He descubierto...

ANT. ¿Qué?...

CARLO. No he querido decirlo á nadie antes de tu regreso...

ANT. Acaba...

CARLO. (A media voz.) ¿Te acuerdas de aquellos polvos venenosos que la mujer de Jorge había tomado por equivocación, no sé de dónde, y que yo la quité de la mano?...

ANT. (Procurando ocultar su turbación.) ¿Y bien?...

CARLO. Yo los había escondido en el fondo de uno de los cajones de mi armario... Y he visto con sorpresa que han desaparecido.

ANT. ¿Estás segura de no haber hablado de esto á nadie?...

CARLO. A nadie, hasta ahora... ¡Si por desgracia hu-

bieran caído en manos de un infame!... ¡Dios mío... esta idea me hace temblar!... (Antonio, después de un corto silencio, hace seña á Carlota de que se acerque.)

ANT. Carlota. (Con intención.) Díme, ¿la mujer de Jorge entraba con frecuencia en tu cuarto?

CARLO. Nunca ha entrado.

ANT. Yo te digo que sí.

CARLO. Repito que nunca puso en él los pies.

ANT. Yo repito que sí; puesto que el veneno ha desaparecido.

CARLO. (Con espanto.) ¡Oh!... No digas eso, por Dios... ni de chanza... ¿Sabes que una palabra semejante podía hasta llevarla al cadalso?... ¡Lo que acabas de decir es horrororo!...

ANT. Tienes razón... Ha sido una ligereza... De todos modos es preciso buscar ese paquete.

CARLO. (Sentándose en el sillón de la derecha.) En efecto, es necesario que parezca.

ANT. (Mirando hacia la puerta por donde salieron Hortensia y Paulina.) Ya los encontraremos. (Acercándose á su esposa.) Me has dicho, Carlota, que Jorge se ha levantado esta noche... ¡Es singular!... Cuando salí para París no pensaba volver á verlo... ¡estaba tan malo!...

CARLO. ¡Y tú te ausentaste, sin embargo!...

ANT. (Vivamente.) Por orden suya... Mi partida no podía diferirse... (Con intención.) ¿No ha dicho él nada de mi viaje?...

CARLO. Nada; solamente parecía que te esperaba con impaciencia... ¿No quiéres verlo?...

ANT. ¿Verlo?... sí... sin duda... Es forzoso que yo le hable... cuando su mujer no esté delante.

CARLO. (Levantándose.) Voy á anunciarte.

ANT. (Deteniéndola.) Espera... espera un poco... (Con emoción.) Estará muy desfigurado, ¿no es verdad?

CARLO. ¡Ah!... ¡el pobre está desconocido!... Calla... siento pasos... Es él, que viene hacia aquí, sin duda para ensayar sus fuerzas.

ANT. (Con espanto.) ¡El!... (Reponiéndose.) ¡No hay remedio!... (Jorge entra sostenido por Carlota que ha salido á su encuentro. El mal ha hecho en él estragos

horrorosos; marcha con mucha dificultad hasta el sillón que está á la derecha.)

CARLO. Ya está de vuelta Antonio... ahí le tenéis.
JORGE Hola, mi buen Antonio... al fin te veo.
ANT. (A su mujer.) Déjanos.

ESCENA VI

ANTONIO y JORGE

JORGE (A Antonio, que permanece á distancia.) ¿Cómo no vienes á darme la mano?... Te espanta el verme así, ¿no es verdad?... Vamos, serénate, amigo mío, y en tanto que estamos solos dáme cuenta de tu viaje. ¿Has estado en París?
ANT. (Con voz ahogada.) En París... Sí.
JORGE ¿Has visto al señor de Arbel?
ANT. Sí... lo he visto.
JORGE ¿Le has entregado á él mismo la cartera?
ANT. Sí... á él mismo.
JORGE ¿Sin decirle de parte de quién ibas?
ANT. Nada he olvidado.
JORGE Está bien... ¿Mas, por qué me hablas con tanto embarazo?... ¿Por qué vuelves la vista á otra parte?... Sin duda te causan terror los estragos que hizo en mí el mal... Ven acá... Dáme el brazo, que quiero mirarme á ese espejo... (Antonio titubea.) Vamos... tu mano, que siempre ha sido segura y fiel... (Antonio le ayuda á ir frente al espejo.) Dicen que me salvarán y la muerte está ya impresa en mi rostro... ¡La muerte!... que venga cuando quiera... ¡No la temo... nada pierdo con la vida... pero el dolor es terrible!... ¡No puedes figurarte cuánto he sufrido... cuánto sufro aún!... Este fuego que abrasa mis entrañas... y nada puede apagar... Mira, Antonio, creo que el matarme sería ejercer conmigo un acto de humanidad.
ANT. (Aparte.) ¿Para qué he venido tan pronto?... El valor me faltará.

JORGE Sin embargo, debo dar gracias á Dios de que me haya conservado la vida hasta tu regreso. Hubiera muerto desesperado sin verte... pues que á tí sólo había yo dicho... mi mujer es criminal, y á tí sólo quería decir... ¡es inocente!...

ANT. (Con viveza.) ¡Inocente!... ¿has olvidado la carta?

JORGE Al contrario... he vuelto á leerla.

ANT. ¿Y bien?

JORGE La desesperación y los celos habían trastornado mi razón. La carta es de una mujer virtuosa dirigida al hombre á quien había amado con amor santo y puro, manifestándole que había debido sacrificar al cariño de su padre sus sueños de felicidad, y quitándole toda esperanza... Sí, Antonio, sí; aquella carta es de una mujer honrada á quien yo llené de desprecios y ultrajes... rechazándola brutalmente cuando me suplicaba que la oyese... ¿Y cómo te parece que se ha vengado este ángel?... (Movimiento de Antonio.) ¡Oh!... tú la amarás... tú la admirarás como yo... ¡Si la vieras á la cabecera de mi cama, prodigándome cuidados como la hija más tierna! ¡La hermana más cariñosa! Arrostrando mil fatigas... ¡Sin dejar una noche de velarme, luchando contra mi delirio, espiando todos mis gestos, todas mis miradas!... pidiéndome á veces perdón... á mí que la adoraba con el alma, que la bendecía con el corazón.

ANT. (Aparte.) ¡No me había yo equivocado!... ¿habré llegado demasiado tarde?...

JORGE Olvida, pues, lo pasado... En lo sucesivo, hablarás siempre de mi mujer con el respeto que merece.

ANT. (Con fingida dulzura.) Haré lo que quieras... pero te advierto que será muy difícil hacer cambiar la opinión pública.

JORGE (Con sorpresa.) ¡La opinión pública!...

ANT. Yo no sé por qué fatal indiscreción sabe todo el mundo que esa carta llegó á tus ma-

nos, y tus proyectos de ir á matar á tu rival.

JORGE ¿Y acusan á Hortensia... dices?

ANT. La condenan.

JORGE (Levantándose.) Yo la justificaré públicamente... Sí... voy á hacer venir aquí al escribano, al cura, á todos mis dependientes, y delante de ellos declararé que Hortensia de Auberive es una joven noble y virtuosa, á quien pediré perdón de mi loco arrebato con ella. (Se dirige hacia la puerta del fondo y Antonio le detiene.)

ANT. ¿Con que tú quieres?...

JORGE Justificar á mi mujer al instante.

ANT. Las fuerzas te faltarán... Espera hasta esta tarde... yo te lo ruego, Jorge... no me niegues esta gracia... Espera...

JORGE (Volviendo.) ¿Pero, por qué ese empeño?

ANT. Porque una escena de esa especie te mataría... (Con intención.). Jorge: si quieres conservar la vida, no te des tanta prisa en justificar á tu mujer.

JORGE No te comprendo.

ESCENA VII

DICHOS y JOSÉ

JOSÉ (Desde el fondo.) El señor Gerfaut acaba de entrar.

ANT. El médico... Te dejo con él.

JORGE Esperaré hasta esta tarde; pero te advierto que haré lo que te he dicho.

ANT. (Aparte.) Quién sabe. (Sale por la izquierda sin reparar en el médico, que entra por el fondo seguido de Carlos de Arbel. Este último trae bajo del brazo un estuche que coloca sobre el velador, después de haber saludado á Jorge. El criado, antes de retirarse, coloca dos sillas cerca del sillón que está á la derecha.)

ESCEN VIII

JORGE, GERFAUT y CARLOS

JORGE (Saliendo al encuentro de Gerfaut y estrechándole la mano.) ¿Querido doctor, os sorprenderéis de verme levantado fuera de mi cuarto?... Es que en vuestra ausencia mi angel tutelar no me abandona.

GERF. (Haciendo sentar á Jorge en el sillón de la izquierda.) Sus cuidados, amigo mío, han hecho más que mi arte ... Vengo hoy más tarde que de costumbre, porque esperaba la llegada de este antiguo condiscípulo, á quien he querido traer á veros para que me ayude con sus luces. (Hace sentar á Carlos cerca de Jorge y él toma otra silla.)

JORGE Os comprendo, querido Doctor. No tenéis esperanza de salvarme.

GERF. No hay nada de eso.

JORGE (Sonriendo.) ¡Qué!... ¿Váis á tratarme como á una mujer ó á un niño, á quienes se les dá esperanza de vida, cuando el frío de la muerte ha empezado á helarlos?

GERF. No; pues ya sé á dónde llega vuestro valor, y que la muerte no os intimida... Lejos de ocultaros nada, os diré francamente mi opinión, por terrible que sea... Ayer dudaba todavía; pero antes de venir hoy aquí, he manifestado á este amigo todos los síntomas que he estudiado en vuestra enfermedad, y como su opinión corrobore la mía, no podemos diferir lo que vamos á hacer, ¡porque sería un crimen!... (Carlos, que ha examinado á Jorge en tanto que Gerfaut hablaba, cambia con éste una mirada de inteligencia antes de hablar.)

CAR. Caballero, ¿tenéis algún enemigo conocido?... ¿Estáis bien seguro del afecto de todas las personas que os rodean?...

JORGE ¿Por qué me lo preguntáis?...

CAR. Os ruego que me respondáis.

JORGE ¿Enemigos?... No creo tenerlos... mucho ménos entre los que me rodean.

CAR. (Titubeando.) Entre ellos se oculta, sin embargo, una mano infame y homicida.

JORGE ¿Qué oigo?

CAR. (Vivamente.) Os salvaremos, caballero, os salvaremos con la ayuda de Dios... pero, vuelvo á repetirlo, en esta casa hay un enemigo vuestro... (A media voz.) ¡Un asesino!

JORGE (Sorprendido.) ¡Un asesino!

CAR. Que para heriros ha tomado el arma de los débiles y cobardes... La más segura, pues mata lentamente y sin ruido... ¡el veneno!...

JORGE (Levantándose con espanto.) ¡El veneno!...

GERF. (Deteniéndole.) Tranquilizáos... os salvaremos.

CAR. (Que también se levantó y subió hacia el fondo.) ¡Silencio... alguien viene!.

ESCENA IX

DICHOS y CARLOTA que entra por el fondo trayendo una cafetera y una taza.

GERF. (A Jorge haciéndole sentarse.) ¡Por Dios!... no digáis nada...

CAR. Perdonad, señores, si os interrumpo.... Como la señora ha ido á la iglesia, vengo yo á traer la poción que vos habéis recetado, señor Gerfaut; hace ya un rato que la hubiera traido, si mi marido no me hubiera detenido, cuando iba á entrar, para enviarme á un recado. (Coloca todo sobre el velador.)

CARL. Decidme: ¿quién ha preparado esta poción?

CAR. La señora.

CARL. ¿Y es la señora quien la prepara siempre?

CAR. ¡Oh, sí señor!... y no permitiría que otra persona lo hiciese.

GERF. Está bien... no dejéis entrar á nadie absolutamente.

CAR. (¿Qué quiere decir esto?) (Vase por el fondo. Carlos queda cerca del velador y Gerfaut al lado de Jorge.)

ESCENA X

JORGE, CARLOS, GERFAUT

JORGE (Que se había violentado en contenerse delante de Carlota.) ¡Oh!... ¡Yo no sé cómo he podido contenerme!... Con qué, ¿sopecháis?...

CARL. Sí, señor Mauricio.... Por terrible que sea esta manifestación, no podemos prescindir de hacerla, á fin de que en lo sucesivo podáis vivir prevenido.

JORGE ¿Y queréis que me persuada que hay un asesino entre las personas que me rodean?... ¿Entre amigos de veinte años?... Además, ya sabéis que mi mujer es la única que prepara y me dá esos brevajes.

GERF. Conozco muy bien á vuestra esposa, y estoy muy lejos de abrigar la más ligera duda en menoscabo de su virtud y de su amor hacia vos.

JORGE (¡Su amor!) (Carlos saca de su bolsillo una llave con la que abre el neceser, toma de él un frasquito que examina; coge en seguida el vaso que está sobre el velador, lo seca con su pañuelo, y echa de la cafetera al vaso algunas gotas de la poción. Jorge, que observó todo lo que Carlos ha hecho:) ¿Qué es lo que hacéis?

CARL. Mi deber.

GERF. Es indispensable examinarlo todo, en el caso en que estamos.... (Se acerca á Carlos. Carlos vacía en el vaso algunas gotas de la esencia que contiene el frasquito, y al momento se vuelve negra la poción; los dos médicos se miran; y Carlos deja el vaso sobre el velador.)

CARL. (Con gravedad.) De donde quiera que venga este brevaje, cualquiera que sea la mano que lo ha preparado, juro por mi honor, ante Dios, que esto es un veneno.

JORGE (Levantándose con desesperación.) ¡Oh, es imposible!... Eso es una calumnia... ó vuestra ciencia es una mentira.

GERF. Ha dicho la verdad.

JORGE ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

GERF. Sin embargo, yo no puedo sospechar de vuestra esposa.

JORGE ¡Esa sospecha sería una blasfemía... un crímen!

GERF. Es forzoso, no obstante, que yo la vea, que la interrogue.

JORGE (De pié apoyándose sobre el velador.) ¿Vos?.. no.... Yo lo haré.... Yo solo, señores.... Voy hacer que la llamen.... Tened la bondad de pasar á mi cuarto. (Señala la puerta de la izquierda.) ¿Habéis jurado por vuestro honor y ante Dios que esa poción es un veneno?...

CARL. (Con dignidad.) Y lo juro otra vez.

JORGE (Echándose sobre el sillón.) Está bien, señores... podéis retiraros. (Carlos y Gerfaut entran en el cuarto de Jorge.)

ESCENA XI

JORGE, solo

JORGE ¡Será posible!... ¿Esos constantes desvelos y cuidados serán dictados por una refinada hipocresía?.. ¿Qué quería Antonio darme á entender hace un momento al decirme: «Si quiéres conservar la vida, no te des tanta prisa en justificar á tu mujer.» ¡Esperaba ella tan sólo un momento favorable para dar el último golpe, y salvar á su amante!... ¡Su amante!.. ¡ah!.. mis celos se despiertan!... Aquí está. (Se levanta; la puerta del fondo se abre con violencia y entra Hortensia cubierta de un velo negro, pálida y agitada.)

ESCENA XII

JORGE, HORTENSIA

HORT. ¡Oh!... Dios mío.:.. (Se apoya sobre su sillón.)

JORGE (Mirándola.) ¿Qué ha sucedido?

HORT. (Procurando serenarse.) ¡Una cosa extraña!... ¡In-

concebible!... Me hallaba en la iglesia... rogando por vos....

JORGE (Con amargura.) ¡Por mí!...

HORT. Y he observado que todos se alejaban... mirándome con horror... en vez de compasión.

JORGE. (Cayendo sobre el sillón.) (Es decir que todo el mundo la acusa.)

HORT. ¡Espantada salí de la iglesia sin saber lo que por mí pasaba... figurándome oír un murmullo de voces confusas, de gestos y amenazas!... Pero esto no ha sido un sueño, ¿no es verdad?... (Echa su velo sobre una silla.) Sí... olvidémoslo todo, y no pensemos más que en vos.... ¿Cómo os encontráis?... ¿Carlota ha ejecutado fielmente mis órdenes?

JORGE (Mirando á Hortensia y echando al propio tiempo la poción que está en la cafetera, en la taza.) ¿Es ella quién ha preparado esta poción?...

HORT. No, que he sido yo.

JORGE (Sin dejar de mirarla.) ¿Y habéis tenido vos siempre este cuidado?

HORT. Sí. . yo sola.

JORGE (No se turba... su voz no se altera.)

HORT. (Tomándole la mano.) Estáis abrasando.... ¿Por qué no me ha esperado el médico?

JORGE (Su mano no tiembla... ¡oh... no es ella... no es ella!) (Se abre la puerta del fondo.)

JOSÉ (Entrando.) Perdonad.... El señor Antonio, sabiendo que no se permitia entrar á nadie, me ha encargado de daros esta carta y este paquete. (Entrega á Jorge una carta y un paquete.)

JORGE ¿Qué tendrá que decirme?

HORT (Al criado.) ¿Antonio ha regresado?

JOSÉ Sí, señora.... Hace cosa de una hora. (Vase el criado. Hortensia cierra la puerta; recoge su velo y lo coloca en otra silla, después de haberlo doblado. Jorge entre tanto abre la carta y lee.)

JORGE (Aparte leyendo.) «En presencia de Pablo, de Mariana y de Julián Masllar, acabo de encontrar en el cuarto de tu mujer ese paquete... ya verás lo que contiene....» (Lo abre y dá un grito.) ¡Ah!...

HORT. (Corriendo á él.) ¿Qué tenéis?

JORGE ¡No cabe duda!...

HORT ¿Os sentís peor?... Ya se vé, no habéis aún tomado esa medicina....

JORGE ¿Esa medicina... que vos habéis preparado?..

HORT. Sí, yo misma.

JORGE (Levantándose y conteniéndose apenas) ¿Habéis calculado mejor la dósis? ¿Habéis tenido por fin piedad de una agonía que estaba en vuestra mano abreviar?

HORT. ¡Cielos!... ¡Otra vez el delirio!...

JORGE ¿El delirio?... ¡Oh!.. no. . cuando os perdonaba, cuando me entregaba confiado á vos... cuando dudaba de vuestro crimen, entonces es cuando deliraba....

HORT. No os comprendo... ¿qué queréis decir?

JORGE (Con furor.) Dígo, que me habéis envenenado.

HORT. (Retrocede con horror hasta el sillón de la derecha.) ¡Ah!

JORGE Digo que es la muerte la que me ofrecéis en esa poción, porque la muerte salva á vuestro amante, ¡y os hace rica y felíz!

HORT. ¡Qué horror!... (Se lanza á coger la taza y la lleva á sus lábios.)

JORGE (Arrancándosela.) ¡Desgraciada!...

HORT. ¿Quién se ha atrevido á sospechar de mí?...

JORGE Aún hacen más... os acusan.

HORT. ¿Quién?

JORGE Váis á saberlo. (Yendo hacia su cuarto.) Entrad, señores.

ESCENA XIII

DICHOS, CARLOS y GERFAUT

JORGE (Presentando á Carlos de la mano.) He aquí vuestro acusador... (Señalando á Hortensia.) Ahí tenéis mi asesino.

HORT. ¡Carlos!...

CARL. (Corriendo á ella.) ¡Hortensia!

JORGE (Con sorpresa.) ¡Se conocen!

CARL. Esta señora es inocente.

JORGE ¡Inocente!...

CARL. ¡Sí, yo juro!...

HORT. ¡Oh, tú no me crees culpable!

JORGE (Con asombro.) ¡Tú!... ¡Es decir que era él!... ¡Ah!... (Lanzándose sobre Carlos.) ¿Tu nombre... tu nombre?

CARL. Carlos de Arbel.

JORGE (Retrocediéndo.) ¡De Arbel!... ¡De Arbel!... ¡Justo Dios!... (Cae desmayado, todos corren á él.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Al día siguiente del tercer acto.—El teatro representa el cuarto de Jorge. A la derecha, en primer término una cómoda con frasquillos, botes y tazas. Frente á la cómoda una escribanía, papel y dos candelabros; sobre la mesa un espejo grande, y al lado un sillón. En tercer término á la derecha é izquierda dos puertas. En segundo á la derecha una ventana. En el fondo, hacia el centro, la cama de Jorge con colgadura; y delante de ella un velador con un quinqué de pantalla encima, y una taza y platillo. A los piés de la cama una puerta secreta; sobre la cómoda debe haber también una lamparilla de porcelana y una campanilla. Todos los muebles, alfombra y tapicería deben ser obscuros. Un sillón cerca de la cama y otro al lado de la cómoda.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, JORGE, GERFAUT

Al subir el telón Jorge está durmiendo sobre la cama; Gerfaut sentado á la mesa poniendo una receta. Antonio de pié cerca de la cama observando á Jorge.

ANT. (¡Qué crisis tan violenta!... En pocas horas ha pasado de una fuerte agitación á este sueño tan pesado.... En medio de su delirio le he oido varias veces nombrar á ese de Arbel, y dirigirle la palabra como si lo tuviese en su presencia.... Felizmente se halla á algunas leguas de nosotros.... ¿Pero si al despertar de este letargo, confía á cualquiera el secreto de las 200.000 libras... si se averigua, que yo no he estado en París..., que no he

visto al señor de Arbel, y que he guardado ese dinero?... ¿Quién sabe cuál será el resultado? No; es preciso que él no vuelva á hablar, aunque para evitarlo me sea forzoso.... (Hablando así se acerca á la cómoda sobre la que dá un golpe con el puño.)

GERF. (Levantándose al ruido.) ¡Chit!... Conviene tener pronto el calmante que acabo de recetar... tened pues la bondad....

ANT. (Tomando la receta.) Voy yo mismo á buscarlo, señor Doctor.... (Vase por la izquierda. Paulina entra por la derecha.)

ESCENA II

GERFAUT, PAULINA en la puerta sin atreverse á entrar

GERF. ¿Señora?

PAU. Y bien, Doctor, ¿cómo sigue el enfermo?...

GERF. (Señalando la cama.) Ya véis... (Paulina se dirige sobre la punta de los piés hacia la cama, observa un momento á Jorge y vuelve al lado del médico.)

PAU. ¡Dios mio!.. ¿no tenéis esperanza alguna?...

GERF. (Después de un momento de silencio.) ¿A dónde está Carlos?...

PAU. A ido á Cerny.

GERF. ¿Cómo?

PAU. Yo le había dicho que una carta que Hortensia le dirigía á Cerny cayó, por traición, sin duda, en manos de su marido... y Carlos desea descubrir el traidor; porque se figura que ese enemigo oculto que intentó perder á Hortensia, es también el asesino de su esposo.

GERF. ¡Quiera el cielo protegerle en sus indagaciones!... Sálvese al menos esa pobre joven, ya que no pueden salvarse los dos. (Hortensia aparece en la puerta de la derecha; el médico y Paulina corren á impedirle que entre.)

ESCENA III

DICHOS, HORTENSIA

GERF. No entréis, señora... no entréis.
HORT. Dejadme... quiero verlo.
GERF. Imposible.
HORT. Repito que quiero verlo.
PAU. Ya vés que puede despertarse de un momento á otro.
HORT. Eso es precisamente lo que yo deseo, y no conseguiréis que mude de resolución... Este es mi sitio. (Pasa rápidamente á sentarse en el sillón que está á los piés de la cama; el médico y Paulina se colocan á la cabecera.)
JORGE (Medio despierto.) ¡Hortensia... Carlos... juntos... siempre juntos! (Se sienta en la cama y mira alrededor. El médico, corre entonces la cortina. Hortensia se arrodilla delante de la cama, y Jorge la mira.) ¡Arrodillada!... ¿Rogáis á Dios por el que muere, ó por la que se arrepiente?
HORT. A vos es á quien ruego... ¡Jorge... tened compasión de este corazón despedazado por vuestras injustas sospechas! (Sollozando.) ¡Por piedad, no me rechacéis!
JORGE ¡Rechazaros!... Al contrario... iba á mandar que os llamasen. Doctor... y vos, señora... tened la bondad de dejarnos... (Después de un momento de duda, Gerfaut y Paulina salen por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

JORGE y HORTENSIA

JORGE Sentáos.
HORT. No; estoy bien.
JORGE Sentáos, señora... esta será nuestra última conversación.
HORT. ¡La última!
JORGE Me quedan ya muy pocos instantes de vida...

¿Qué sería de vos si yo no los emplease en salvaros?...

HORT. ¡Salvarme!... ¿Es decir que no pensáis más que en mí... en mi salvación, en tan terrible momento?... ¿Ya no me creéis culpable?

JORGE Os amo todavía y os perdono.

HORT. (Con desesperación.) ¡Perdonarme!... ¡A mí, que daría mi sangre por vos! ¡Perdonarme vuestra muerte... vuestra deshonra... cuando soy inocente!... ¡Oh, eso es horrible!

JORGE Hay dos séres en la tierra, por los que hubiera sacrificado gustoso mi vida. (Movimiento de Hortensia.) Vos y Carlos de Arbel.

HORT. ¿Carlos de Arbel?

JORGE Sí. Yo cuidé de su infancia y aseguré su porvenir.

HORT. ¿Es posible?... ¿Conque ese protector desconocido... esa providencia que velaba por Carlos?...

JORGE Era el hombre que había quitado la vida á un inocente, cuando quería castigar á un traidor á la patria.

HORT. Sí; un marinero del navío *Severo*.

JORGE ¡Ese marinero... era yo!

HORT. ¿Vos?

JORGE Cuando más tarde fué conocida la inocencia del señor de Arbel, juré servir de padre á su hijo, á quien yo había hecho huérfano. En mi amor por vos y nuestra unión, creí ver el perdón de tan funesto error... ¡Fatal engaño!... ¡El cielo no me había perdonado, y vos debíais ser el instrumento de su venganza!... Ya está cumplida, señora; pues me quitáis la vida para entregaros á Carlos de Arbel.

HORT. ¡Ah!... ¡Señor, señor!... ¡Por todo lo que habíais hecho por él y por mí, os juro que no soy culpable del crimen que me imputáis!

JORGE ¿Sabéis que si yo muero, mil voces se alzarán para acusaros?

HORT. Ya lo sé.

JORGE Pues bien; quiero evitaros los peligros que os amenazan, facilitándoos la fuga.

HORT. (Levantándose con fuerza y dignidad.) Huir... no tengo por qué. No me moveré de aquí.

JORGE Os advierto que la justicia está tal vez prevenida, y yo, dentro de algunas horas, ya no podré cerrarle la puerta de mi casa.

HORT. (Yendo hacia la cómoda, y tocando la campanilla.) Yo voy á abrirla ahora mismo.

JORGE (Queriendo levantarse.) ¡Hortensia!... (Hortensia toca la campanilla.) ¿Qué decís? (Se presenta José por la puerta de la derecha.)

HORT. (Al criado.) Montad al momento á caballo, y llevad esta carta á quien vá dirigida. (El criado saluda y vase.)

JORGE ¿Qué contiene esa carta? ¿Para quién es?

HORT. Contiene, señor, la relación de todo lo que pasa aquí... Es la denuncia del crimen que se ha cometido contra vos, que yo dirijo al juez de este distrito.

JORGE (Levantándose.) ¡Desgraciada!...¿Sabéis que hay mil pruebas... que estáis perdida... que os condenarán?

ESCENA V

DICHOS y PAULINA

PAU. (Entrando por la puerta de la derecha.) ¡Hortensia!

JORGE (Yendo hacia Paulina.) ¡Ah, señora! ¡Venid... venid á salvarla... vos que sóis su querida amiga, arrancadla de aquí!

PAU. ¿Cómo?

JORGE ¡Yo... ya no puedo más... la emoción... el dolor... la muerte!... ¡Ah, mi cabeza se pierde! (Vá á caer sobre el sillón que está á la izquierda.)

PAU. (A Hortensia en voz baja, llevádola hacia la derecha.) Carlos ha vuelto... ha visto al posadero de Cerny; espera descubrir la verdad de todo... quiere verte y hablarte.

HORT. Voy corriendo.

JORGE ¿Váis á partir, no es verdad?

ANT. (Apareciendo por la puerta de la izquierda.) ¿A partir?

HORT. Ya os lo he dicho, Jorge; esperaré á la justicia. (Sale por la derecha con Paulina, después de haber recomendado á Antonio con el gesto permanezca con Jorge.)

ESCENA VI

JORGE y ANTONIO

ANT. ¡Partir!... ¡La justicia!... ¿Qué significa esto?

JORGE (Levantándose.) ¡Ah! ¿Eres tú, Antonio? Escucha: es necesario que la lleves de aquí.

ANT. ¿Llevarla?

JORGE Sí; y muy lejos... á un país en que nuestras leyes no puedan alcanzarla.

ANT. Pero, ¿por qué?

JORGE Porque si no se pierde. Porque dentro de un momento vendrá el juez.

ANT. (Con terror.) ¡Tan pronto!

JORGE ¡Tú tiemblas... tiemblas como yo!

ANT. ¡El juez!

JORGE Ya vés si es necesario que Hortensia parta al instante... Da, pues, tus órdenes... Espera: ella no querrá seguirte... no hay más que un hombre... uno sólo que pueda decidirla á partir... Carlos de Arbel.

ANT. ¡Carlos de Arbel! (Aparte.) ¡Siempre este nombre!

JORGE ¡Yo le veré... yo le hablaré!

ANT. (Sorprendido.) ¡Verle!... ¡Hablarlo!...

JORGE Díle que venga.

ANT. ¿Estás en tu juicio?... ¿En dónde quiéres que lo encuentre ahora?

JORGE ¿Cómo... se ha ido?

ANT. (Aterrado.) ¿Estaba acaso aquí?

JORGE ¿Qué, tú no le has visto?

ANT. ¿Yo?... (Aparte.) ¡Si este hombre no está loco estoy perdido!

JORGE El doctor Gerfaut me lo presentó ayer.

ANT. (Aparte.) ¡Maldito sea!

JORGE Vé pronto á buscarlo.

ANT. (Aparte.) ¡Si se vén, todo vá á descubrirse! (Se

dirige á cerrar la puerta de la izquierda, fingiendo que sale á buscar á Carlos.)

JORGE (Yendo á sentarse en el sillón de la izquierda.) ¡Sí... en el momento de la muerte, no debe haber en nuestro corazón ni odio... ni celos... todo resentimiento, todo deseo de venganza debe desaparecer!... (A Antonio, que finge entrar.) ¿Y bien?...

ANT. (Con frialdad.) Ha partido.

JORGE (Con desesperación.) ¡Dios mío! ¿Cómo salvarla ahora?... (Momento de silencio.) ¡Ah!... (Aparte.) Si yo hiciere creer á todos que me ha había suicidado... Sí, esto es fácil... Ella amaba á otro... yo lo he sabido... y me quité la vida. (Durante este aparte, Antonio vá á echar el cerrojo de la puerta de la derecha.)

ANT. (Aparte.) Ya nadie puede entrar.

JORGE (Se sienta á escribir.) Antonio, llama... llama á alguien...

ANT. ¿Qué quiéres?

JORGE La poción que el doctor me ha recetado... eso me sostendrá algunos momentos, y me dará tiempo para acabar...

ANT. Aquí está. (Señala la cafetera.)

JORGE (Escribiendo.) ¡Me deberá su salvación y su dicha!... (Antonio toma del velador la taza y la lleva á la cómoda, echa en ella el liquido que contiene la cafetera, y saca en seguida del bolsillo un paquetito de papel, que abre, y en el cual hay unos polvos blancos que echa en la taza, después de asegurarse que Jorge está de espaldas á él escribiendo. Hace todo esto diciendo:)

ANT. ¡Si vive, si habla, la miseria y el cadalso me esperan!... ¡Si muere, la impunidad para mí es segura, como lo es la fortuna para mi hijo!... ¡Acabemos!

JORGE (Escribiendo.) «Que no se acuse á nadie de mi muerte...» (Mira hacia el espejo que tiene enfrente, observa el movimiento de Antonio, y queda como petrificado, sin dejar de observar todo lo que aquél hace. Antonio, después de haber echado el veneno, toma la taza y se acerca á presentar la poción á Jorge. Este, al verle por el espejo cerca de sí, se levanta, se vuelve

hacia él, asiéndole por el brazo. Antonio le mira, y al verle en pie con aire amenazador, retrocede espantado, dejando caer la taza.)

JORGE ¡Asesino!

ANT. ¡Ah!...

JORGE ¿Conque eres tú... tú quien me matabas?... ¡Miserable!

ANT. (Decidido.) ¡Silencio!... ¡Ya que todo lo sabes, sepultaré contigo mi secreto!

JORGE ¡No... (Retirándose hacia la cama.) que vendrán á socorrerme!... (Llamando.) ¡Hortensia!... ¡Carlos!... ¡Venid!...

ANT. (Lanzándose sobre él.) ¡Llegarán demasiado tarde!... (Arroja á Jorge sobre la cama. Hortensia entra por la puerta secreta de la derecha, y se interpone entre Antonio y su marido. Paulina, que entró tras de Hortensia, abre la puerta de la derecha, y en seguida la de la izquierda.)

HORT. (Entrando.) ¡Infame!... ¡Pronto recibiréis el castigo de vuestros crímenes!

ANT. ¡Pero no en el cadalso!... ¡Esa ventana me librará de él! (Se dirige á la ventana.)

CAR. (Que entra seguido de Gerfaut y de algunos marineros por la derecha, detiene á Antonio.) ¡Deteneos!... (A los marineros.) ¡Prended á ese hombre y entregadlo á la justicia!

JORGE (Levantándose.) ¡Sí, llevadlo!... ¡El es mi asesino!...

TODOS ¡Su asesino!... ¡Qué horror!... (Tres marineros se llevan á Antonio. Jorge, reuniendo todas sus fuerzas, sale hasta el centro de la escena. Carlos está á su derecha y Hortensia á la izquierda; Gerfaut al lado de Hortensia, y Paulina á la izquierda de Gerfaut.)

JORGE (A todos los criados y marineros.) ¡Arrodilláos... (Se arrodillan.) ante este angel, de quien injustamente habéis sospechado!... ¡Hortensia... perdonadme, para que Dios me perdone!... ¡Y vos, Carlos, cuando yo haya dejado de existír... sed su apoyo!... ¡Y cuando roguéis... por vuestro padre... rogad también por mí!... (Cae en brazos de Carlos, y Gerfaut se lanza también á sostenerlo. Hortensia se arroja en brazos de Paulina. Cae el telón.